

Impresiones de Medjugorje

Chus Villarroel O.P.

Día primero, sábado 7 de julio de 2007

En Junio de 1981 un grupo de niños se presentaron una tarde en sus casas diciendo a sus padres que habían visto a la Virgen. Uno tras otro llegaron a casa gritando: “Mamá, he visto a la Gospa”. Las familias y casi todo el pueblo, de gente muy sencilla, creyeron a los niños y a los pocos días eran ya multitud los que se acercaban al monte de las apariciones. Sucedió este hecho en un pueblito de la antigua Yugoslavia llamado Medjugorje. Hoy después de muchas convulsiones políticas y de las guerras que se han sucedido, Medjugorje queda enclavado en la federación Bosnia, en la parte de Herzegovina. Su población es croata y, aunque Bosnia no pertenece políticamente a Croacia, parte de la población, por lengua, raza y religión se siente croata. Fue en ese mes de junio cuando un niño de diez años y otros cinco adolescentes un poco mayores afirmaron un día haber visto a la Virgen.

Como es lógico y ante el movimiento masivo de gente, las autoridades civiles se inquietaron. En 1981 Yugoslavia estaba dominada todavía por el duro régimen comunista que, aun después de muerto el dictador Tito, estaba intentando crear una gran nación compuesta por seis estados menores no fáciles de aglutinar. Este régimen marxista, ateo y perseguidor, vio en estos sucesos una estratagema contrarrevolucionaria de la Iglesia. Desde esa convicción comenzó pronto a tomar parte en el asunto.

La zozobra e inquietud no se limitó a la parte civil. Ocurrió lo mismo en la parte religiosa. La parroquia de Medjugorje, regida por franciscanos, temió que estos sucesos, como tantas veces, no fueran más que una nueva trampa que el régimen político se inventaba para burlarse de la Iglesia y torpedear su misión. El párroco, padre Jozo, sólo llevaba unos meses en dicha parroquia y apenas conocía a la gente y menos a los videntes, máxime cuando alguno de ellos ni siquiera vivía en ese pueblo.

El tema es que pronto comenzaron los interrogatorios a los niños por ambas partes. La policía, a veces, con los padres de los niños llorando, les sometió a continuas vejaciones, halagos y toda clase de inventos para hacerles confesar el engaño. El párroco, ayudado por otros franciscanos, hizo también por su parte lo indecible para que los niños desistieran de propalar embustes semejantes. Los niños, más tarde, llegaron a decir que la policía había sido menos dura que los sacerdotes.

Nadie pudo con ellos. Como decía una de las niñas: “Lo veo, y lo veo”. A otra que le preguntaron: “¿Estás segura de que ves a la Virgen?”, respondió: “Estoy más segura que todos los seguros”. Su convicción y firmeza no se limitó a aquellos primeros años. Hace 26 años que sucedieron los primeros eventos y los seis, ahora ya mayores, casados y con familia, siguen firmes en su convicción y afirmaciones. No sólo afirman que la Virgen se les apareció sino que se les sigue apareciendo muy frecuentemente.

La lucha por la autenticidad de las apariciones sigue viva. Hoy es el día que el obispo de Mostar, al que pertenece la parroquia de Medjugorje, no las admite y más bien habla de estafa. Dicha parroquia está actualmente sin párroco porque el obispo no quiere nombrar a nadie. Por su parte, la orden franciscana, oficialmente, además de no reconocerlas, ha puesto en entredicho a los padres que han llevado adelante la dirección espiritual y la atención al creciente número de peregrinos que acuden a rezar allí en peregrinación.

Es un tema teológicamente muy serio. Al fin y al cabo, al obispo es al que pertenece discernir estas cosas. Por otra parte, si es cierto el dicho de que “por sus frutos los conoceréis”, hay que admitir que ninguna pastoral en el mundo es capaz de reunir a tantos miles de jóvenes, ninguna es capaz de hacer que tantos desheredados de la vida se sientan salvados con un rosario en la mano. El obispo no lo admite pero en esta semana pasada ningún día concelebramos menos de cuarenta sacerdotes. Lo mismo pasa con los franciscanos: sus autoridades no lo admiten, pero la cantidad de franciscanos, ellos y ellas, que hemos visto, sobre todo jóvenes, pone muy en duda el discernimiento de sus superiores.

La pequeña peregrinación de Madrid con la que he venido no es quién ni le interesa juzgar la autenticidad de estos hechos. Los que viven en esta tierra y se conocen bien a sí mismos son los que deben hacerlo. Nos preguntamos, sin embargo, ¿qué significa en este caso autenticidad? Los que niegan las apariciones, a veces con tanto furor, ¿qué entienden por aparecerse la Virgen? Niegan la sobrenaturalidad de estos hechos. ¿Tienen tan bien catalogados los modos y maneras con los que puede hacerse presente lo sobrenatural entre nosotros? ¿De qué burdo realismo nos están hablando? Por otra parte, ¿es posible que seis niños sean capaces de formar este revuelo durante veinticinco años? El obispo apela a una obediencia a rajatabla porque él no cree en las apariciones, pero ¿quién pone compuertas al mar?, ¿qué conflictos personales hay debajo de todo esto? Dada la realidad, ¿no sería mejor que todos se guardaran de pronunciar palabras duras y dejar que el tiempo resuelva el conflicto? ¿No fue condenado Santo Tomás de Aquino por el obispo de París? ¿No llevaron al dominico Savonarola a sus cuarenta y seis años a la hoguera por predicar contra la curia romana? Pues bien, ahora le quieren canonizar. Todo parece indicar que el asunto de Medjugorje es uno más entre tantos episodios que a lo largo de los siglos han enfrentado a la institución con el carisma.

Nuestra peregrinación llega aquí de una manera privada, atraída por la experiencia espiritual que muchas personas han sacado en anteriores visitas. Lo que el peregrino puede percibir en Medjugorje es que, teológicamente, tanto al culto como a la palabra que se predica, no se le pueden poner peros. Lo que suceda por dentro en cada peregrino pertenece a otro orden de cosas. *De internis non judicat Ecclesia*. Hay dos cosas muy claras: que las experiencias personales son muy reales y que este humilde lugar atrae cada vez a mayor número de peregrinos. La semana anterior a la nuestra se reunieron 670 sacerdotes de todo el mundo, venidos voluntariamente, atraídos, tal vez, por la fama del P. Cantalamessa, predicador del Papa, que les iba a dar unos ejercicios. El obispo no le permitió a Cantalamessa dar estos ejercicios; los dio otro predicador, testigo de todo lo que ha sucedido aquí desde el principio. Varios de estos sacerdotes con los que pude hablar estaban contentísimos con la experiencia.

La fama de estas pretendidas apariciones ha llegado también a España. Desde hace años se vienen organizando bastantes peregrinaciones para ir a rezar a Medjugorje. Por la razón que sea, existe entre nosotros una mentalidad poco favorable a tales formas de manifestaciones espirituales. A muchos les parece que con Lourdes y Fátima ya vale. Otros no soportan el secretismo y la comunicación por medio de mensajes, muchos de ellos de tipo apocalíptico y muy integrista. Hay un rechazo instintivo en mucha gente a la que no le gusta que la piedad cristiana se encauce por derroteros poco bíblicos y sustitutivos, según ellos, de la palabra de Dios.

El caso es que yo, participando de estas prevenciones mencionadas, me dejé enrolar en la pequeña peregrinación mencionada de veintitrés personas, que llevamos conviviendo juntas muchos años y nos conocemos muy bien. Algunas de estas personas ya habían estado en Medjugorje y nos convencieron para que les acompañáramos. La organización corrió a cargo de Margarita Cazorla, fiel admiradora de Medjugorje. El nivel espiritual de este grupo es muy alto, ya que son personas que pertenecen a la Renovación carismática y se han tomado en serio en su vida la fuerte experiencia del Espíritu Santo que se engendra en dicha corriente de gracia. Personalmente, no tenía muchas ganas de ir y no estaba motivado suficientemente. Lo hice porque no me gusta cerrarme a nada y dado el creciente número de adeptos que Medjugorje congrega y con los que tengo que tratar, me pareció sabio el ir a hacer una experiencia personal.

Por eso, el sábado 7 de julio del 2007 a las 5:30 de la mañana estábamos los veintitrés en la T4 del aeropuerto de Barajas. Poco después volamos en Iberia hasta Barcelona. Dos horas más tarde con Clikair, compañía de vuelos baratos, nos embarcamos camino de Dubrovnik, en Croacia. Dos horas y media duró este trayecto. Hacia las 14:00 nos recogió un autobús, que por una carretera estrecha y

llena de curvas nos acercó a Medjugorje. En un principio la carretera bordea el mar, que está plagado de islas, rías y ensenadas. El agua es casi color esmeralda bajo un cielo precioso, azul celeste. Como el aeropuerto está al sur de la ciudad, dejamos Dubrovnik a nuestra izquierda y seguimos nuestra ruta dirigiéndonos hacia el norte por la orilla de un mar en el que había muchos criaderos de mejillones. En sus bordes y orillas la piedra y el acantilado no dejan espacio a ninguna playa.

Hicimos una parada para comer algo y nos sorprendió gratamente lo barato que resulta aquí comer de restaurante. Tienen moneda propia, pero en nuestros círculos turísticos casi sólo funciona el euro. Los croatas esperan entrar en Europa en muy pocos años; aún no pertenecen a la Unión Europea. Todo nos parecía barato, menos la gasolina. Por desgracia, para naciones tan pobres, el precio de ésta es tan alto o más que en España. A las señoras les llamó mucho la atención lo altos y guapos que son los mozos croatas y bosnios.

Al término de la comida subimos de nuevo al autobús. Aún nos faltaban dos horas de viaje; total para recorrer los 140 kilómetros que separan Medjugorje de Dubrovnik. En un determinado momento girando a la derecha nos dirigimos hacia el interior del país. El paisaje hasta ahora había sido bonito porque todo estaba verde y cubierto de arbustos; sin embargo, la sensación era de gran pobreza. No hay bosques ni cultivos, ni una vaca, una oveja o algo que diera impresión de riqueza. Al penetrar en el interior pronto vimos alguna vega a orillas del río Neretva. Aquí los cultivos eran normales para esta latitud con toda clase de árboles y plantas mediterráneas. No obstante, fuera de las vegas, el monte era pura piedra de una esterilidad total.

El viaje se nos hizo largo, no tanto por los kilómetros sino por la limitación de velocidad debido a la estrechez de la carretera, a las continuas curvas y, también, a los pasos fronterizos ya que pasamos de Croacia a Bosnia, de Bosnia a Croacia, y finalmente de Croacia a Bosnia. En uno de esos pasos, nos pidieron el pasaporte. Al llegar a Medjugorje me alegré de no ver pájaros, ni golondrinas ni vencejos, lo cual es señal de que no había mosquitos, como así resultó ser. No me picó ni uno solo, pese a que soy proclive y dormía con la ventana abierta. Otros, al parecer, no tuvieron la misma suerte. Hacia las 17:30 llegábamos a Medjugorje.

Antes de comenzar el relato espiritual de la peregrinación quiero decir dos palabras sobre la historia y la situación política de estos países balcánicos. La que fue hasta hace poco nación yugoslava está compuesta ahora por seis países independientes: Serbia, Croacia, Eslovenia, Bosnia, Macedonia y Montenegro. Seis países a los que no separa ni el origen ni la raza ni la lengua. La lengua es básicamente la misma, con diferencias dialectales que no impiden que se entiendan

todos. Como nos decía la guía del último día: “La lengua, que es la misma, la hacen diferente porque quieren ser diferentes”. Dicha lengua es de origen eslavo. En cuanto a la raza se debe decir lo mismo que lo dicho de la lengua. Se trata de la misma raza y el mismo perfil externo: Son gente de estatura alta, blancos de pelo negro, ojos claros, muchas veces azul celeste, en general gente elegante pero de apariencia dura, no muy acogedora ni de modales suaves. Todos ellos formaron un pueblo bárbaro, de los que rodearon el imperio romano, que vinieron, al parecer, del Golfo Pérsico, huyendo de otros pueblos bárbaros más agresivos como fueron los Hunos.

Todo esto sucedió a principios de la era cristiana. La historia, sin embargo, poco a poco, no sólo les ha hecho diferentes sino que ha creado entre ellos odios y divisiones difíciles de soldar. Quizás sea el tema religioso el que más ha profundizado la división. Por una parte, Serbia, más cerca de Constantinopla, pertenece a la Iglesia ortodoxa. En esta Iglesia, desde siempre, la unión de la Iglesia y el Estado simbolizada por el escudo con el águila bicéfala, ha hecho del cristianismo un siervo fiel y potenciador de todas las aspiraciones políticas del Estado. Lo que llamamos nosotros un nacional-cristianismo total. Los sacerdotes forman parte de la burocracia y funcionariado estatal. En ese status, la religión, más que a Jesucristo, sirve a los intereses de la raza, de la política y de la identidad nacional. Tito, apoyado en esta mentalidad y en el orgullo patrio que engendra, quiso hacer de toda Yugoslavia un país en el que Serbia marcaría las pautas. Sin embargo, el sueño de la Gran Serbia lo único que ha producido ha sido guerra y división.

En efecto, a la muerte de Tito en 1980 la inestabilidad se instaló en todo el territorio. En 1989 asumió la presidencia de la República Federal de Yugoslavia Solovodan Milósevic, bajo la idea de consumar la realización de la Gran Serbia y lo único que consiguió fue una sucesión ininterrumpida de guerras de liberación que asolaron el país y lo llenaron de crueldad y tragedia. Eslovenia, la región más centroeuropea, se separó rápidamente. Más tarde se inició una guerra entre los dos países más grandes y significativos, Croacia y Serbia. Después de mucho sufrimiento y desastre, Croacia consiguió la independencia. Más tarde le tocó el turno a Bosnia, que también logró la independencia. Lo mismo sucedió con Macedonia. Y, finalmente, Montenegro también se ha separado recientemente de Serbia, en el 2006.

No es fácil describir los sufrimientos que estas contiendas han acarreado. Apenas hay familia que no tengo uno o varios muertos. El odio y la enemistad, larvada ya en siglos anteriores, eclosionó plenamente con las contiendas reseñadas. A esto hay que añadir el empobrecimiento económico que les ha llevado a la cola de Europa en renta per cápita. A la guía del último día, cuando en el autobús nos quiso contar estos sufrimientos, se le entrecortaba la voz hasta el punto de no poder hacerlo. Todos nos dimos cuenta y no se le hizo ni una pregunta más. Ella perdió a

su padre en la guerra, lo cual significó un golpe durísimo. Sentada a mi lado me decía que hoy a una persona sola, como ella se sentía, le era muy difícil salir adelante en Bosnia. Este año termina periodismo y no ve su futuro nada claro.

Yo, en mi corazón, le exijo a Europa que sea algo más magnánima. Que asuma de una vez a estos países aunque no estén preparados. Queremos redimir los males del tercer mundo y no lo hacemos con nuestro propio tercer mundo europeo. Al fin y al cabo tampoco es tanto; todos estos países juntos tienen un territorio como la mitad de España. Pues bien, en estas tierras de pobreza y de guerra, de adoctrinamiento exhaustivamente ateo y marxista durante decenios, es donde unos niños afirman que se les aparece la Virgen y que les ha dicho que Dios existe, que ella es la Reina de la paz y que nos quiere enseñar a reconciliarnos, porque de lo contrario a todos nos irá muy mal.

Llegados a Medjugorje, alrededor de las cinco y media del sábado siete de julio, nos instalamos en la residencia San Giuseppe, dirigida por Marisa, una italiana de pro. Había un grupo de niños belgas flamencos, unos cincuenta, que estaban haciendo ejercicios. Dicha residencia está muy a las afueras, a una media hora andando desde la parroquia. En invierno no parecerá demasiado lejos, pero en plena canícula del mes de julio sí lo parece. Medjugorje está en un paralelo semejante a nuestra costa mediterránea. Una vez colocados en nuestras habitaciones y sin pérdida de tiempo, porque el horario apremiaba, nos recogieron dos microbuses y nos acercaron a la iglesia.

Este año los cultos ya no se celebran en la iglesia porque no cabe la gente. Se ha construido una especie de templete por la parte de fuera del presbiterio, un templete techado y acristalado que es lo que hace ahora de presbiterio y donde está colocado el altar. Para los sacerdotes hay varias gradas que cierran el círculo con el altar. Delante en la explanada hay mil bancos, según contamos, donde caben sentadas unas cinco mil personas.

En los cultos de esta tarde de sábado asistimos como espectadores. De seis a siete se rezaban varias partes del rosario por los altavoces, mientras muchos sacerdotes confesaban a la gente, algunos en sillas al aire libre ocupando la sombra de un lateral de la iglesia. A las siete comenzaba la eucaristía a la que asistieron varios miles de personas. No entendimos nada. Aún no sabíamos que se podían seguir por radio las traducciones a distintas lenguas. La misa se dijo en croato, lengua ajena a nuestras entendederas. La devoción de la gente y la belleza de las canciones nos gratificaban mucho. Quien más, quien menos, de entre nosotros, todos tratábamos de interiorizar lo que presenciábamos.

Entre las ocho y las diez, que sería la adoración al Santísimo, teníamos dos horas para cenar algo. Mi cena fue un *risotto*, un enorme plato de arroz con gambas y tomate, que sabía muy bueno y del que quedó la mitad. En mi mesa

éramos unos quince. Después de pedir cada uno según sus gustos en comida y en bebida, sólo pagamos setenta y seis euros. Nos pareció baratísimo.

A las diez de la noche es ya muy de noche en Bosnia. La hora del reloj es la misma, pero el sol nace y muere aquí dos horas antes que en España. Llegamos un poco tarde a la adoración. El templete, muy iluminado, destacaba sobre la multitud que llenaba los bancos en profundo silencio. Sobre el altar una gran custodia o, mejor dicho, ostensorio, mostraba la enorme hostia blanca a la adoración de todos los fieles. El clima nocturno, el silencio, la comunión con tanta gente desconocida, las breves frases o puntos de meditación, la música, muy bella, todo ello nos hacía sentir profunda e interiormente a gusto. Salimos de allí muy reconfortados.

Día segundo, domingo 8 de julio

La habitación era buena. Como suele suceder en casas dirigidas por monjas o, simplemente mujeres, en el baño no había enchufe para la máquina de afeitar. En cambio, había unos diez rollos de papel higiénico. Más tarde me enteré que la única habitación que no tenía enchufe era la mía y que, en las demás, había muchos menos rollos. Dormí bien, sin ruidos, con la ventana abierta y sin mosquitos.

Hoy hemos desayunado a las 9 de la mañana. Café con leche, pan, margarina, mermelada y miel, es decir, glucosa en cantidad para prediabéticos como yo. Menos mal que acto seguido vamos a subir al monte de las apariciones. En efecto, mientras desayunamos llegó Leo, un argentino casado con una croata, afincado aquí, y que nos servirá de guía estos días. Él nos irá dando las órdenes y explicaciones oportunas.

Al término del desayuno, con mis pantalones Coronel Tapioca, una visera y mis deportivas, sin cremas ni potingues, me uno a la comitiva. Era un día brillante de sol mediterráneo. Caminamos juntos un cuarto de hora desde la residencia San Giuseppe, que es donde nos alojamos, hasta la falda del monte. Al término del camino asfaltado, antes de iniciar propiamente la subida, reunidos en grupo, Leo, nuestro guía, nos dio las explicaciones pertinentes. Íbamos a subir al Pobrdo o lugar de las apariciones, mejor dicho, donde se iniciaron las apariciones allá por el año 1981. Unos niños comenzaron a ver a la Virgen en esta colina. Nunca fue en un lugar fijo. A veces era bastante arriba y, al parecer, los niños eran subidos como en volandas hasta el lugar destinado por la Virgen para aquel día. Estas apariciones no son como las de Lourdes o Fátima, que siempre sucedían en la misma gruta o

árbol. Aquí varía el lugar, el modo y la frecuencia. A veces estaban todos los niños, otras veces se aparecía individualmente y no sólo unas cuantas veces sino que aún se sigue apareciendo, como diremos más tarde.

Se trata de una subida infernal. Hoy además hacía bastante calor. El camino es de guijarros y conviene ir bien calzado para no sufrir demasiado. El constante pedregal nos va elevando a la colina y cada pocos minutos nos encontramos con una especie de medallón rectangular clavado en el suelo donde están esculpidos los misterios del rosario. En cada uno, el grupo se para y reza el correspondiente misterio. Caminando es imposible rezar porque, sobre todo para los mayores, no se trata de un paseo sino de una peligrosa escalada. Varias personas se cayeron y es fácil, por lo menos, retorcerse un pie. No subíamos solos, aparte de otro grupo de los franciscanos de Palencia que se nos unió, era continuo el discurrir de personas y grupos subiendo y bajando.

A mí, personalmente, esta subida a la colina de las apariciones no me dijo nada. La hice con sencillez, recé los misterios del rosario con todos, y caminaba como lo había hecho muchas veces en tantas romerías y procesiones. Yo no sabía muy bien lo que esperaba de Medjugorje, si es que esperaba algo especial. Empatizaba fácilmente con la devoción de las gentes y simplemente me sentía bien, como me suelo sentir bien en todos los lugares donde hay oración e interioridad. Pensaba pasar estos días como si fueran de vacaciones, pasando del estrés y de las noticias del mundo y descansando en la oración y en la comunidad con la que había viajado.

Por eso, una vez que hubimos bajado, un grupito de nosotros, caminamos por un sendero atajo hacia la iglesia y el centro del pueblo, bajo un sol y un calor de justicia. Íbamos simplemente a fijar y a probar distancias para ulteriores idas. No nos dio tiempo nada más que a tomarnos un refresco. Pronto tuvimos que coger tres taxis para volver a la residencia ya que la comida era a la una menos cuarto. El precio de la carrera siempre fue el mismo: cinco euros por taxi y cuatro personas en cada uno de ellos. Los cogeremos muchas veces a lo largo de estos días. Con muy buen humor dimos cuenta del siguiente menú: ensalada del país, macarrones grandes con carne picada a la boloñesa, un filete ruso pequeño y rechoncho, estilo hamburguesa, con patatas al horno. Y concluimos con un helado con sirope de chocolate a discreción.

Después de comer, Marisa, la dueña y gestora de esta hospedería, nos contó en la capilla el testimonio de su vida. Nos congregamos casi todos para escucharla ya que a cada uno nos apetecía saber más cosas sobre Medjugorje y escuchar testimonios y relatos de lo que había ocurrido aquí. Se trata de una mujer italiana que desde joven tuvo relación con el P. Pío. Nos contó que a ella y a sus amigas el

P. Pío las corregía mucho y que tenía muy mal genio. En ocasiones, las echó de la iglesia por no ir decentemente vestidas. Era un hombre con mucho carisma. Lo seguían porque las formaba bien y siempre decía la verdad y te leía el alma.

Más tarde se casó con un hombre rico y famoso, que llegó a ser Director General de la RAI pero de ideas ateas marxistas. Pronto la dejó a ella y a una hija de ambos, para irse con otra. Los comunistas, según ella, tratan de obrar bien pero no miran por los demás.

Siendo la hija aún pequeña, vinieron de visita a Medjugorje. La Virgen les cambió la vida y les liberó de una tristeza y un odio muy profundo. Cuando la niña tenía quince años se instalaron aquí definitivamente, hace 22 años. Al cumplir la chica los dieciocho años entró de monja contemplativa, cerca de Trieste, ofreciendo su vida por su padre. Era muy bella.

“El día que llegamos aquí, el 25 de marzo de 1985, día de la Anunciación, día en que el Señor vino al mundo por la redención de la humanidad, yo venía muerta. Mi pasado y mi fracaso me pesaban como un fardo. El Señor me humilló de tal forma que no sabía ni conocía nada. Era su misericordia pero yo no me enteraba. Estaba como en un sepulcro. Ese día al descender de la montaña, vimos el milagro del sol y esto nos ayudó a profundizar en el mensaje de misericordia que hay aquí. El Señor ha elegido este lugar para derramar misericordia por medio de su Madre. Si caminamos solos nos perdemos y equivocamos. El Señor me ha dado la gracia de comprender que no entendemos nada y que en todo dependemos de Él. Yo he visto a la Virgen con un sol en el cinturón y de ese sol salían rayos para todo el mundo. El sol de la Virgen es la santa hostia.

Hasta instalarme aquí ayudé a miles de personas a venir a Medjugorje. Eran sobre todo los niños los que yo tenía en mi corazón. Mi hija se fue pero yo encontré personas que me ayudaron a ser madre y a entregar mi vida por los niños. Fue con ocasión de la guerra que aquí duró de 1985 a 1991. Con esta tragedia la Virgen nos despertó del sueño, nos enseñó a abandonarnos, nos descubrió un desierto para podernos hablar al corazón”.

Soy consciente de que no traduzco muy bien el testimonio de Marisa. Chapurreaba el castellano, hablaba bajo y yo estaba demasiado lejos. Perdía muchas cosas. La hora, justo después de comer un día de verano, no es tampoco la más indicada para un fraile.

Acto seguido tuvimos un par de horas de descanso, muy apetecible en ese momento. A las seis de la tarde ya estaba yo, con mi camisa de cura y alzacuellos, sentado en un lateral de la iglesia por fuera escuchando confesiones. Junto a mí

había colocado un letrero que decía: español. Otros confesaban en varios idiomas. Sólo se me acercaron dos sacerdotes extranjeros y unas pocas personas seglares. Después concelebré en la Misa y me quedé hasta el término del rosario que sigue siempre a la misa.

En esta misa entré en noche oscura. Sin entender una sola palabra, con una homilía larguísima, leída por el franciscano de turno, sin atisbar en todo el desarrollo litúrgico ningún signo de carisma, unción o novedad, mis demonios domésticos se me soltaron y comencé a dudar de todo. ¿Qué tipo de kerigma se predica aquí? –me decía. ¿A qué Jesucristo sigue esta gente? Es todo un puro devocionismo. Todo el mundo y todas las cosas me daban grima, en especial los sacerdotes, arrodillados con su rosario en la mano, algunos de quince misterios, exhibiendo piedad. El tufo a integrista se me hacía insostenible mientras que se me revolvía el estómago.

Veía a bastante gente con hábitos exóticos y estrafalarios y me decía: “Dios mío, aquí está la hez del oscurantismo religioso. Todos los radicales, fanáticos, sectarios han tomado posesión de este lugar”. No veía nada más que voluntarismo y moralismo por doquier. Los mensajes de la Virgen, pasados por mi crisis, los miraba como infectados de viejas taras en el lenguaje y los contenidos. El rechazo hacia todo lo que veía era total. Estábamos en plena misa. Para mí, todo estaba vacío, sin teología, en las antípodas de todo aquello por lo que había luchado en la ya mi larga vida.

Sufrí lo indecible y muy adentro. Era en mi espíritu, en lo más profundo de mí. Además sufría sin esperanza porque creo que tengo trauma ante todos los integristas y no veía posibilidad de encontrar allí ninguna tabla de salvación. Me hubiera ido al momento ya que, en realidad, me estaba asustando. Me reproché el ser tan fácil para convencer y para ir donde otros me quieren llevar. ¿Qué pintaba yo en Medjugorje? Gracias a Dios sólo era una crisis interior que no se me traslucía hacia fuera.

Después de cenar tuvimos, en el porche de la casa, una conferencia larga y enjundiosa de nuestro guía Leo. Fue lo más interesante que escuché en Medjugorje hasta ese momento. Al llegar a la habitación quise ponerme a escribir, pero era demasiado para ese día. Mañana será otro día -me dije- en que renovado por el sueño podré abordarlo todo mejor.

Día tercero, lunes 9 de julio

La noche fue de perros. El horario me está jugando una mala pasada. Oficialmente es la misma hora que en España pero éstos se rigen por su hora solar

natural. Con lo cual al acostarnos a las doce, es como si en España nos acostáramos a las dos de la madrugada. A las cinco de la mañana aquí ya ha salido el sol en esta primera quincena de julio.

Me habían dicho que las ventanas en esta tierra no tenían persianas o contraventanas y yo lo di por hecho sin investigar, con lo que estos dos días la luz del sol me despertaba tempranísimo. Por si fuera poco, hoy a las seis ha salido de excursión el grupo de niños que hace aquí los ejercicios estos días. Desde la cinco de la mañana las cañerías (pasan cuatro por mi habitación no incrustadas en la pared, sino por fuera, por plena habitación) desaguaban sin cesar pasando a pocos centímetros de mi cabeza. Rezando y ofreciéndolo todo por la causa, soporté las horas que faltaban hasta las nueve, que era la hora del desayuno. A las nueve aquí el sol tiene la misma altura que en España a las once de la mañana.

No obstante, en el corazón tenía alegría. La conferencia de anoche fue muy reveladora para mí. Varios de mis interrogantes se me aclararon. Paso a contaros lo que descubrí en las palabras de Leo.

Según nuestro guía Leo, el alejamiento de Dios en nuestro mundo actual es el que hace que la Virgen se aparezca. Debemos tener en cuenta que los que venimos aquí no venimos por casualidad sino llamados por la Virgen. Esto engendra en nosotros una gran responsabilidad espiritual. El peregrino que viene aquí debe comportarse como luz en el mundo pese a todas las fuerzas del mal que se oponen.

El mensaje central de Medjugorje es la oración. Todo el mundo puede orar. No se necesita ninguna sabiduría ni técnica especial. Dios está necesitando mucha gente que ore porque con la oración nos dejamos hacer y Dios es omnipotente en la medida en que pueda utilizarnos, es decir, en la medida en que nos dejamos hacer y no nos endurecemos.

Medjugorje comienza en 1981. Una de las cosas que más convence es que los seis niños fueron muy presionados y aterrorizados por las autoridades. Ante la policía y los jueces, a veces con los padres llorando, fueron fieles a la Virgen: “No, yo veo a la Virgen”. Al principio eran seis: Marija, Iván, Vicka, Ivanca, Mirjana y Jakov. Con el tiempo tres dejaron de ver a la Virgen. La siguen viendo una vez al año. Son gente muy normal. Yo tengo mucha relación con Iván porque voy a su casa a arreglarle el ordenador. Charlamos mucho pero como lo haría con cualquier otra persona. Casi nunca hablamos de las apariciones. Le he oído decir: “La Virgen me acepta tal como soy. No necesito demostrar nada, ni fingir nada; no quiero ser distinto del que soy”. Marija, Vicka e Iván siguen viendo a la Virgen. El don de la aparición es un don gratuito, que no tiene nada que ver con la medida humana o espiritual de la persona. Este don viene del cielo. A ninguno de ellos se les ocurre pensar que este don es algo merecido. Es pura gracia de Dios.

Estos chicos no eran ni son nada especiales. Esto explica que no hay sensación de que sean inducidos o autoinducidos a decir lo que no es. Aun las personas más racionalistas y científicas tienen que admitir que algo está sucediendo. La verdad es que nadie duda ni piensa que los niños están mintiendo.

Es curioso que cuando abren la boca es como si hablaran hacia dentro. Primero ven una luz y detrás a la Virgen flotando sobre una nube. Cuando se les aparece en trance pueden tocar a la Virgen y conversar con ella, ya que es muy afable y ella misma les incita a hacerlo. La Virgen se comporta con toda naturalidad. El regreso a lo real, a veces, es traumático y les cuesta dos o tres horas volver a la realidad. Iván ha viajado por todo el mundo y le han llevado a miles de sitios pero ha perdido casi todo el interés: "Me lleven donde me lleven - dice- nada hay comparable a la visión de la Virgen y del cielo". A Marija se le aparece una vez al mes para rezar por los no creyentes.

Los no creyentes no son los ateos o alejados sino, sobre todo, los cristianos que no tienen experiencia del amor de Dios. Hay en nuestros países gente que cree pero no tiene experiencia. Se trata, pues, de una revitalización de la fe, de que la gente creyente tenga experiencia de Dios. La experiencia del amor de Dios es una experiencia de entrega o de abandono o de dejarse hacer. Ahí es donde se encuentra la verdadera paz. Si nosotros queremos controlar o cambiar el mundo nos angustiamos; con la entrega, conocemos la cercanía y delicadeza de Dios.

En Medjugorje se da mucha importancia a la familia. Es bueno tener en casa un altar familiar donde la familia se pueda reunir a rezar. En mi casa tengo un altar lleno de santos y me da mucha paz. La Virgen dice que la guerra, tan dura en estos países balcánicos, empieza en la familia cuando no se ora. Para poder perdonar a los enemigos hay que poder perdonar a los de la propia familia. Por eso hay que orar.

El Señor manda a la Virgen a este mundo para que la fe deje de ser algo formal o ritual. No obstante, ella les habla de la necesidad de una disciplina espiritual para poder crecer. Por eso les pide a los niños el rosario diario, ayuno dos veces por semana, lectura de la Biblia, confesión y adoración al Santísimo e integrarse en grupos de oración. Este plan es un plan, nos dijo Leo pero, sin duda, obtiene sus resultados.

En la tierra cada uno tenemos que cumplir la misión propia. A Dios no le gustan los aduladores fariseos, sino que quiere sinceridad. Algunos se preguntan: ¿por qué tengo que llevar cruces? ¿Por qué las heridas?, como dicen los carismáticos. La Virgen nos muestra que todos somos llamados a compartir el dolor de Cristo y lo que nos sucede tiene un sentido corredentor. Un padre alcohólico es una cosa, al parecer, injusta ¿qué culpa tiene la niña

de que su padre sea así? Sin embargo, según la Virgen a esta niña se le ha encomendado la misión de orar por su padre. Sor Elvira, la fundadora de las comunidades del Cenáculo que visitaremos mañana ha dedicado su vida a recobrar a los alcohólicos y drogatas. Ha aceptado y dado este amor y esta entrega, incluso para salvar a su padre alcohólico. La actitud del que recibe una cruz debe ser redentora, incluso para los que le hacen el daño.

Son necesarias tres cosas:

Perdonar a Dios.

Perdonar a los que nos infligen la cruz.

Conocer su sentido corredentor.

Éste es el discurso que Leo nos lanzó ya anochecido, al aire libre, en el porche de la casa donde nos alojamos. Me dejó muy buena impresión. Terminó de una manera abrupta porque le llamaron dos veces por teléfono, apremiándolo. Como digo, quedé tranquilo porque he visto que existe una teología debajo de todos estos sucesos. Además, una teología de gratuidad donde no es el vidente el centro sino la acción de Dios y de la Virgen. A pesar de la disciplina espiritual, no es el sacrificio y el mérito los que hacen que Dios y la Virgen se acerquen, sino su amor gratuito y su misericordia. Dios quiera que se conserve esta gratuidad que les da a Dios y a la Virgen la iniciativa en todo. Lo digo porque en la disciplina espiritual, si no se entiende bien, hay un peligro. Si esta disciplina se despoja de la gratuidad puede convertirse toda esta belleza en un nido de integrismo. Grandes movimientos como el Calvinismo y el Jansenismo comenzaron por una gran gratuidad y terminaron condenados por la Iglesia por su integrismo.

Quiero decir lo siguiente: El Calvinismo y el Jansenismo decían que la salvación es totalmente gratuita. Pero, ¿cómo conocemos en este mundo que estamos salvados? Respondieron: “Por la disciplina espiritual, por las obras de cada uno. Cuanto mayor sea el sacrificio y el mérito de cada uno, en la misma proporción crece la certeza de haber sido predestinados gratuitamente para el cielo”. De ahí que, en la práctica, la disciplina espiritual pasó a ser el signo más importante de identidad cristiana. La Iglesia condenó estas doctrinas porque pervierten al máximo la gratuidad y niegan a Dios toda misericordia. La disciplina espiritual es conveniente para esta gente bosnia o, tal vez, para todo el mundo, pero no es el fin sino un simple medio para poder acoger mejor la gratuidad de Dios.

Lo que sucede en Medjugorge tiene que ser muy bien dirigido porque es muy fuerte y poderoso. Es real aquí el acontecimiento espiritual, el soplo del Espíritu. Los tres o cuatro padres franciscanos que han dirigido hasta ahora este movimiento, al ser carismáticos, han conducido estos eventos por buen camino.

Ahora bien, el peligro es real. Basta con ver, como me ha sucedido a mí, la cantidad de hábitos y vestimentas estrafalarias que bajo capa de piedad pululan por aquí. Me consta que algún gran movimiento actual, nada gratuito por cierto, quiere entrar a saco y capitalizar toda esta gracia. Espero que la Virgen, mejor que nadie, guarde su obra y la preserve de los lobos con piel de oveja. Por eso, no me ha gustado lo que ha sucedido la semana pasada. Seiscientos setenta sacerdotes se han reunido para hacer ejercicios espirituales que debería haber predicado el P. Cantalamessa. El Obispo de Mostar, el de esta diócesis, le prohibió al predicador del Papa que los diera, porque es poco partidario. Es una pena que no se haya aprovechado la fuerza de tanto sacerdote para encauzar bien por todo el mundo lo que acontece aquí.

Con el discurso de Leo se me suavizó mucho la crisis sufrida esa misma tarde durante la misa. Digamos que mi parte intelectual se liberó del absurdo en que se encontraba. Me di cuenta que había una teología y, además, una teología buena, carismática, basada en la gratuidad. Agradecí a los padres franciscanos que han llevado esto desde el principio que hubieran inyectado estas ideas en el desarrollo espiritual de este movimiento medjugorjiano. Ellos son carismáticos; yo conocí al P. Jozo y al P. Tomislav en un congreso internacional de la Renovación en Roma en mayo del 1981, pocos días antes de que le dispararan al Papa tres tiros en el vientre. Entonces no eran todavía conocidos. Pidieron oración especial por la situación en Yugoslavia. Entre los que oraron imponiéndoles las manos estaba el P. Emiliano Tardif, M.S.C. En esa oración el P. Emiliano recibió palabra profética en la que dijo: *No se preocupen. Yo les enviaré a mi madre.* Cuál no sería la sorpresa cuando un mes más tarde comenzaron las apariciones de Medjugorje.

Pese a que mi parte intelectual se aquietó, sin embargo yo seguía en mí mismo. Mi razón seguía inquiriendo y racionalizándolo todo. Si me hubiera vuelto a Madrid en aquel momento no hubiera entendido nada de lo importante de Medjugorje. Mis juicios sobre las cosas seguían a la punta de los labios y lo que es peor del corazón. Juzgaba las cosas desde lo racional, desde mis criterios. Ahora bien, lo que más me duele -más tarde lo entendí- es que juzgaba desde el don que había recibido en la Renovación carismática, que no es un don racional sino de gratuidad y en el Espíritu. También los dones de Dios pueden transformarse en pretexto para la soberbia y para el endurecimiento del corazón.

La prueba la tengo en una visita que hicimos esa mañana a la Comunidad del Cenáculo de Sor Elvira. Ésta es una comunidad donde se recogen chicos salidos de la droga y de otras taras de la vida. Nos dieron testimonio dos jóvenes recogidos hace años de la calle. Me pareció una obra muy buena y meritoria pero desde la frialdad del corazón. Incluso llegué a pensar que, aunque ésta y otras obras benéficas como la de Sor Enmanuelle de la Comunidad de las Bienaventuranzas,

que también visitamos, sean cosas muy buenas, no existe relación alguna entre ellas y los acontecimientos de Medjugorje. Pensé incluso que se aprovechaban del *boom* espiritual de Medjugorje para colarse allí.

Por la gracia de Dios todo eso pasó muy pronto y mi duro corazón fue tocado. Fue la misericordia de Dios encarnada en su madre la que tuvo misericordia conmigo, ya que yo jamás hubiera sido capaz de salir de mí mismo y de mis razones. Ahora veo claro lo peligroso que es uno para sí mismo. Sucedió a las tres de la tarde, en la sala amarilla, cerca de la iglesia. Allí nos iba a hablar Marija, una de las videntes. Llegamos con mucho tiempo. La sala repleta de gente, unas mil personas, casi todos italianos porque Marija iba a hablar en italiano traduciéndola al inglés. Más tarde hablaría en croato para traducirla a otras lenguas. Por eso la sala se vaciaba y llenaba según las lenguas. Yo la escuché y tomé apuntes en italiano.

No fue el discurso, ni las ideas, ni lo que dijo, ni la forma de decirlo. Ni su presencia ni sus dotes oratorias. Al fin y al cabo es una mujer normal de unos cuarenta y cinco años, casada y con hijos, que vive ahora en Italia y viene de vez en cuando a este su pueblo de vacaciones y para ver a su familia, aprovechando para hablar a los peregrinos. No sé lo que fue. Lo único que sé es que yo jamás en mi vida vi y oí hablar a una persona así. Es una mujer tremendamente natural y suave, con una sonrisa sencilla, sin afectación de ninguna clase. La traductora inglesa, muy protagonista, le comía siempre sus últimas palabras, cosa que a los que escuchábamos en italiano nos molestaba. Pues bien, Marija, tan tranquila e impertérrita.

A pesar de que el discurso no fue lo importante voy a tratar de transmitir algo de lo que dijo. Lo cogí a mano, en apuntes. No lo pude grabar porque estaba lejos, a pesar de colocarme en las primeras filas. Comenzó diciendo:

“Recemos un misterio del rosario para pedir al Espíritu Santo que ilumine las palabras que tenga que decir”.

Así lo hicimos en medio de una expectación y silencio sepulcral. Después, con una suavidad y cercanía supercariñosa, siguió hablando:

“Hoy no podéis decir que no es un día caluroso. Sin embargo, sois muy afortunados. Sois peregrinos con mucho confort, con aire acondicionado y todo. Recuerdo los sofocos de otras épocas cuando hablando en la campa verde todos nos derretíamos de sudor. Más de una vez creí que me iba a marear y no podría seguir hablando.

He tenido que hablar en muchos lugares del mundo. Por todas partes van floreciendo grupos de oración con el espíritu de Medjugorje. Un amigo

que escribió un libro cita multitud de países incluso desconocidos como Mozambique, Honduras, Panamá, donde hay grupos de oración. Generalmente se componen de gente que ha pasado por aquí y ha sentido la necesidad de acercarse a la Virgen.

Yo siempre he sido católica y de familia católica. Antes de las apariciones ya nos sentíamos muy orgullosos de ser católicos. Pero cuando papá quería que fuéramos a misa, no éramos tan católicos. Por eso, él se imponía diciendo: “si no hay misa no hay comida”. Hoy los padres no tenemos la misma autoridad. No podemos con un niño de quince años, que piensa que la religión sólo consiste en mandar y prohibir. Ven que está prohibido robar, las relaciones sexuales, todos los pecados y lo rechazan fijándose sólo en eso. No saben que la riqueza de ser bautizados es una gracia maravillosa. Dios ha venido a recordarnos todo esto por medio de la Madonna. Para eso ha venido ella.

Al principio de las apariciones teníamos miedo; no sabíamos que aquello que veíamos era la Virgen Yo un día perdí las zapatillas. Después ya se nos quitó el miedo. Rezábamos con ella y nos enamoramos de ella. Nos fue educando. Caminando con ella dejamos de pensar como niños y empezamos a ser como mayores porque creíamos en Dios. Nos dio permiso para tocarla y abrazarla. Cantamos con ella y hacíamos amistad. Día y noche sólo pensábamos en ella. No sabíamos los misterios, ni las meditaciones, ni rezar, pero repetimos tantos padrenuestros y avemarías que el rezarlos nos llegaba al corazón. Cuando rezábamos el padrenuestro ella nos acompañaba, en el avemaría se callaba y se volvía a unir con nosotros en el gloria. Le preguntamos un día por qué nos había escogido a nosotros y no a otros y nos respondió: “Dios me lo ha permitido y quise escogeros a vosotros”.

Se nos presentó como Reina de la paz. Un día cogimos flores de nuestro jardín y de los vecinos y se las presentamos, pero ella nos dijo que rezar el rosario era el mejor regalo. Le preguntamos: ¿Para qué vale rezar? Nos dijo: “Para mantener el corazón abierto y para que yo pueda interceder por vosotros delante de Dios”. Teníamos muchos deseos de convertirnos porque siempre nos decía que sólo en Dios se encuentra la alegría y la paz. Sólo a través de Dios se pueden conseguir. Cuando pronunciaba la palabra Dios entendíamos que la vida era pasajera, como las flores, y que sólo es un camino hacia la eternidad. Cuando comenzamos a sufrir, estos pensamientos nos valieron mucho.

En una aparición invitó a Jakov a irse con ella. El niño, lleno de miedo, le dijo que él no, que se llevara a Vicka porque él era hijo único y Vicka tenía siete hermanos más. Y entonces nos llevó a todos y pasamos por el paraíso y el purgatorio y el infierno. La Virgen nos ayudaba a clarificar

las ideas. A veces la gente llevaba enfermos a nuestras casas y no sabíamos qué hacer con ellos. Ella nos decía que rezáramos y pusiéramos la Biblia en sitio visible para entender que Dios seguía trabajando. Queríamos que se curaran todos. Llorábamos con las madres que traían niños enfermos. A San Juan le dijo: “He ahí a tu madre”. Ahora es él el que nos la envía para que podamos profundizar en nuestra vida por medio de la oración. La oración lo puede todo.

Vivimos en un mundo en que se están perdiendo muchas cosas. ¿Qué imagen tenemos de nosotros mismos? ¿Somos cristianos? Estamos perdiendo nuestra identidad. En Europa ya no reconocemos nuestras raíces cristianas. No sabemos ni lo que somos ni lo que hacemos. Hay tantos jóvenes que no saben lo que es pecado y lo que no lo es. Hablan de libertad y sólo saben lo que han oído en la radio y en la televisión. ¿A dónde nos va a llevar todo esto? Nos estropean el fondo del alma y parece que todo es normal. Nuestros jóvenes van de vacaciones con sus novias -¿llevarán preservativos?- y todos dicen que es normal, que el mundo es así.

Despertémonos. No se trata de hacer la guerra sino de pensar en nosotros, porque la Virgen nos llama a cada uno de nosotros. No importa que seamos de una forma o de otra. Cada uno al escuchar el mensaje de paz, de oración, de ayuno, empieza a convertirse. Una vez la Virgen no dijo que nos acercáramos para tocarla. Traed vuestras manos. Todos sentimos algo: unos calor, otros frío, otros perfume de rosas. Llorábamos. Le preguntamos por qué venía vestida de triste y nos respondió que era porque cada uno hacía su vida y no nos preocupábamos de confesarnos. Todas las familias de Medjugorje se fueron a confesar. Siempre nos decía que el encuentro con Dios debe ser en la verdad.

También nos hablaba mucho de la misa. No se puede cambiar por una obra de caridad. Para mejor oír misa es bueno rezar un rosario antes. Nuestro mejor amigo siempre será Jesús y hay que perder mucho tiempo para estar con él. Nosotros lo hacíamos así. A veces pasábamos la noche rezando. Comenzamos a hacer adoración toda la noche. No sabíamos bien qué hacer pero estábamos muy a gusto. Hacia las tres de la mañana en presencia de Dios y de las velas nos venía el sueño. Alguno de los videntes roncaba y los otros nos reíamos ante una “meditación tan profunda”. Al final de la noche siempre estábamos contentos y felices de haber entregado nuestro sueño y haber pasado el tiempo con Jesús. Sentíamos que nuestra fe aumentaba y que Jesús era nuestro amigo. Por la mañana seguíamos llenos de fuerza trabajando en lo que teníamos que hacer mientras que otros a la misma hora venían de las discotecas y, muertos de sueño, se iban a dormir. Yo en la adoración me acordaba mucho del cura de Ars, que tenía poco talento y poca

iniciativa. Cuando le preguntaban qué hacía tanto tiempo en la iglesia respondía: “Yo le miro y él me mira”.

Con la protección de María y bajo su mirada descubrimos a Jesús. Algunas veces mientras hacíamos la adoración, la Virgen nos decía lo que teníamos que hacer. Jesús es lo más precioso que tenemos. Yo quiero con este testimonio ayudar a creer en él. Os invito a aprovecharos de estos días. Son tiempo de gracia. Orad mucho. Yo os recomendaré a la Señora para que os ayude a encontrar y ver a Jesús como un amigo. Ella os propiciará y arreglará esta gran oportunidad. Es madre. Sólo nos pide decir que sí. Ella siempre nos dice en las apariciones: “Gracias por haber respondido a mi llamada”. Yo os agradezco que estéis aquí y que hayáis escuchado este mensaje. Terminemos orando por todos los que se nos han encomendado”.

Como decía antes, no sé lo que fue. Perdonadme la palabra, pero no se me ocurre otra cosa que chute espiritual. Algo de eso me transmitió esa mujer. Es como si hablara para dentro y desde dentro. Salí tocado de allí. No fue el contenido del discurso lo que me llegó; fue otra cosa. Recibí una efusión de Espíritu Santo como sucede en los carismáticos. Esta efusión me metió en el corazón de Medjugorje y empecé a entender.

La primera sensación fue de denuncia y, precisamente, en mi terreno, en el de la predicación. Sentí que yo siempre había hablado desde fuera. Había utilizado mi mente, mis pensamientos, mis sentimientos, mi alma, pero todo ello exterior. A lo más que había llegado en mi vida era a hablar con el alma. Y a todos los que había oído hablar en mi vida, a lo máximo, les había oído hablar con el alma. Esta mujer hablaba desde otra dimensión, desde una interioridad, encubierta por su pobreza, pero profundísima, hablaba desde el espíritu aunque no se notaba absolutamente nada. Me fue revelada su interioridad, no suya, sino creada por la Virgen a lo largo de los años dentro de ella con un trato tan continuo. La amé; su vibración era distinta, producía electricidad. Metió la eternidad en el tiempo dentro de mi espíritu. Si en un momento de la charla se hubiera callado y nos hubiera dicho de repente: *Silencio, la Virgen está aquí*, nos hubiéramos volatilizado. ¡Qué comunión espiritual sentí con ella! San Juan de la Cruz dice que lo peor de la condenación es el toque de espíritu a espíritu entre el condenado y el demonio. Algo, al parecer, horroroso. Pues bien, pienso que la salvación es el toque espiritual entre Dios y los salvados.

Me di cuenta que en Medjugorje actúa el Espíritu a nivel de don. Es inútil querer entender las cosas desde la razón aunque esté muy iluminada por la fe. Este nivel racional, en el que vive la mayoría de los cristianos no basta. Tienes que ser

tocado y elevado al nivel del don¹. Con la actuación del Espíritu superas todos tus razonamientos y eres iluminado de una manera nueva. Dejas de juzgar y empiezas a entender con el don de inteligencia. Los carismáticos pueden comprender esto perfectamente porque saben que nadie es carismático si no ha tenido la efusión del Espíritu. Es otra frecuencia de onda en la que emiten todas las cosas. Rezar el rosario ya no es lo mismo que antes. Orar, ayunar, sacrificarse, tiene un sentido muy distinto. Estas cosas dejan de pesar, de culpabilizar, se transforman en regalo, en don, en algo gustosamente interior si eres llamado a ello. Ya no te defiendes, no te asustan.

Fue una gratísima sorpresa descubrir y experimentar el nivel del don en Medjugorje. Yo ya lo conocía por la Renovación carismática. Esto quiere decir que el Espíritu Santo actúa a tope, a nivel místico, en estas gentes. Un cristiano corriente vive su fe desde la razón, no una razón filosófica, sino desde una razón iluminada por la fe. Este cristianismo es todavía muy estrecho e infantil y está sujeto a todas las tentaciones del racionalismo. Ahora bien, cuando una persona o una comunidad es elevada al nivel del don, ya no se guía por razones sino por mociones del Espíritu Santo, por carismas, y se nutre de los dones del Espíritu Santo. Por lo tanto su entender y disfrutar de las cosas de Dios se hace cualitativamente otro.

Al salir de allí sólo podía mirar para mis adentros. Llevaba el pecho y el estómago como embarazados. Entendía perfectamente lo que me había sucedido y me reproché haber sido tan carnal hasta entonces en mis juicios. Comencé a vivir Medjugorje con un tremendo y cariñoso respeto. Todo fue bellísimo pero el estómago y vísceras adyacentes se me estropearon. Perdí el apetito y, a pesar de la deshidratación, ya en toda la tarde no me supo bien ni la cerveza ni cualquier otra bebida.

Después de esto es cuando fuimos a visitar a Sor Enmanuelle. Al término de su exposición, me mandaron, como sacerdote, levantarme para dar la bendición. En Medjugorje cualquier acto termina siempre con la bendición de un sacerdote, si hay alguno presente. Les tuve que decir que no podía dar la bendición porque no había estado allí durante dicha exposición. Estuve físicamente pero mi espíritu todavía estaba con Marija. Les conté brevemente algo de lo que me estaba pasando. La bendición la dio otro sacerdote.

Al acabar viene un hombre alto, catalán, de ascendencia alemana y me dice: “Padre le entiendo perfectamente. En el año 90 Marija fue a Barcelona. Yo era un hombre de mundo y pecador. Ella nos habló un rato. En un momento dado Marija dijo: “La Virgen está aquí”. Se me pusieron los pelos de punta y me encogí hacia dentro, gritando: “María, madre, no me destruyas”. Sentí que una fuerza espiritual

1 El que quiera conocer más profundamente la diferencia entre estos dos niveles puede leer el libro: Chus Villarroel, *Crecimiento de la vida en el Espíritu*, 2ª ed., Edit. Sereca, Madrid, 1998, Cp. IV, p. 89.

me iba a aniquilar. Vi que, en realidad, yo no existía por causa de mi pecado, ya que sólo vivía para él.

La Virgen, no sólo no me destruyó sino que en la acera, al salir, comencé a rezar con palabras que no entendía. Estas palabras se me quedaron grabadas y las podía repetir cuando quisiera. Mis amigos me pedían, a veces, que se las recitara. Cuál no sería mi sorpresa cuando meses más tarde me enteré de que lo que se me había dado era el Avemaría en croato. Desde entonces vengo siempre que puedo a Medjugorje, porque aquí encuentro mi alimento. Lo que siento es no haberme enterado hoy de que hablaba Marija”.

A las siete de la tarde cenamos porque todavía nos faltaba algo que presenciar. A las diez de la noche había aparición. La Virgen se le iba a aparecer a Iván. A las siete y media ya habíamos terminado de cenar y nos dispusimos a ir al lugar de la aparición para no vernos desbordados por la multitud. Llegamos con dos horas de antelación pero ya había mucha gente. El lugar era la falda del monte de las apariciones. Al poco de terminar el asfalto y entrar por el infernal pedregal, mirando hacia la izquierda se ve una cruz azul, lugar de reunión del grupo de oración de Iván. Imposible de acomodarse. En cuesta, las piedras sueltas, el cascajo puntiagudo, tortura para los pies y el trasero.

Pues bien, ahí, precisamente ahí, donde toda incomodidad tenía asiento, se acomodaron centenares, tal vez miles de personas, sin cesar de rezar el rosario durante las dos horas. Tres cuartos de hora antes de la aparición llegó Iván con algunos miembros de su grupo de oración. Apenas le vislumbré en la oscuridad, pero sentí en mí una vibración muy positiva. En realidad la aparición era para el grupo de oración; nosotros éramos unos intrusos bien recibidos.

El grupo comenzó a orar. Su oración no fue otra que el rosario. Por lo cual unidos al grupo seguimos añadiendo nuevos misterios a los ya muchos recitados. Repetimos de nuevo los misterios gozosos, dolorosos, gloriosos, luminosos. A nadie se le hacía pesado el ambiente. Era impresionante ver la juventud de tantos peregrinos con su rosario en la mano, esperando nada, porque todos sabíamos que no íbamos a ver nada, pero solicitados por una fe y una esperanza que nos hacía sencillos. Quien más, quien menos, todo el mundo ejercitaba su fe e interiorizaba el momento sabiendo que es adentro, en lo más interior de cada uno, donde el Señor más se quiere aparecer.

En un momento dado se paró el rosario e Iván se arrodilló. En aquel momento chilló de una manera horrisona una carabiella que estaba en un árbol sobre Iván. Pero el pajarraco se marchó. A mí se me pusieron los pelos de punta porque me acordé del dicho del poeta que dice que el ulular del cárabo parece

carcajada del infierno. Todo se quedó en silencio. No veíamos pero presentíamos el misterio. Todos intentamos arrodillarnos. Ni un grito de histeria, ni un sollozo, ni una queja por la inverosímil postura de la persona vecina que apretujaba. A lo lejos se oía el ladrido nocturno de un perro. Como unos diez minutos duró este silencio. Al término Iván se levantó y nos dijo que hoy la Virgen había venido alegre y gozosa, y que había extendido las manos sobre todos nosotros y había orado sobre nosotros y nos había bendecido. Oró de una manera especial por los enfermos y por los sacerdotes y vocaciones sacerdotales. Dio gracias a la multitud por su presencia allí.

Nada más y nada menos. La gente gozosa y agradecida comenzó a desfilar. Todos consideramos una dicha el haber podido estar allí. Todos creíamos que la Virgen se había aparecido de verdad. Con linternas sorteábamos los guijarros, cogiéndonos y ayudándonos los unos a los otros para evitar esguinces y caídas. Poco a poco descendimos. Entonces viendo la cantidad de coches, taxis y autobuses nos dimos cuenta del ingente número de personas que habíamos asistido. La actitud de Iván y su forma de comportarse despertó en mí buen rollo. Todo el mundo se gloriaba de haber podido creer sin permitir a su razón el más mínimo resquicio de duda. El creer nos hacía felices y esa felicidad reprimía cualquier tentación de absurdo. Nos dimos cuenta que el creer y esperar hace bueno el corazón.

Día cuarto, martes 10 de julio

Me levanto a las seis, como estos días de atrás. Durante dos horas continué recopilando y escribiendo estas notas. Hacia las ocho salí a dar una hora de paseo, con el sol ya muy arriba porque aquí es horario solar y sólo faltaban cuatro horas para el mediodía. Antes del desayuno me di una rápida ducha y a las nueve ya estaba sentado a la mesa enfrente del café con leche, el pan de molde y la grasienta, insípida y pringosa margarina. Años hacía que no la probaba, pero aquí, o lo hacía, o estómago vacío toda la mañana.

Poco después del desayuno bajamos en los dos microbuses de nuevo a la sala amarilla. Nos iba a hablar el P. Tomislav, párroco antiguo y uno de los grandes testigos. Era sólo para el grupo de lengua española que en ese momento quedó reducido a unas cuarenta personas ya que un autobús con otras tantas acababa de salir para el aeropuerto. El P. Tomislav fue párroco de Medjugorje varios años antes de las apariciones. Éstas comenzaron en tiempos de su sucesor, el P. Jozo. En los apuros de los primeros días de apariciones el P. Jozo, que llevaba sólo unos meses de párroco, requirió la ayuda del P. Tomislav, que acudió

presuroso a su lado. Por eso el P. Tomislav es testigo de primera hora de todos los acontecimientos sucedidos en Medjugorje.

El P. Tomislav se prestó a hablarnos en tan poco número porque éramos españoles. Él mismo nos lo confirmó. Todo el mundo conoce lo que sucede en España y cómo el viejo espíritu materialista y totalitario se ha instalado en nuestro gobierno. Ahora es desde la democracia pero su identidad totalitaria y laicista es la misma. Su radicalismo es peor que el de una religión en su peor momento. Quieren imponer a todos sus valores e ideologías con un fervor laicista digno de mejores objetivos. Esta es la razón que esgrimió el P. Tomislav para hablarnos aun siendo tan pocos en número y estando lleno de toda clase de compromisos.

Nos habló durante un rato largo en croato, traducido por nuestro guía Leo. Lo que os voy a transmitir de su discurso está cogido sobre la marcha, a mano. Comenzó diciendo:

“Queridos peregrinos españoles: Conocí los sucesos de Medjugorje desde el principio. Conocí también a los videntes desde las primeras apariciones. Nos duelen mucho las declaraciones del obispo cuando dice que esto es un engaño y una estafa. Hablando con él un día le dije: ¿Usted no se acuerda quién trató de poner en evidencia a los videntes? Porque los sacerdotes nos resistimos mucho a aceptar los sucesos como algo sobrenatural.

Ocurrió que los cuatro primeros días de apariciones no estaba aquí el párroco P. Jozo ni yo, ni ningún sacerdote de los fijos en la parroquia. Sólo estaba un capellán, Zrinko Cuvalo, que hacía de sustituto interino. En esos cuatro primeros días no había, digamos, ningún pastor. El P. Jozo, párroco, llevaba unos meses en la parroquia. Había llegado en noviembre de 1980 (las apariciones comenzaron en junio de 1981). Apenas conocía a la gente ni a los videntes, que hasta entonces a nadie le habían llamado la atención. Unos niños corrientes, alguno de los cuales no eran de aquí y otros estudiaban fuera de aquí. Una era de Sarajevo y alguno más, como Marija, estudiaban en Mostar.

El régimen político era comunista y, durante bastantes años, bajo la dura y totalitaria dominación de Tito los católicos de Croacia sufrimos graves persecuciones. El P. Jozo pensó al principio que las declaraciones de los niños eran una estratagema política más a las que el régimen nos tenía acostumbrados, para desprestigiar a la Iglesia delante del pueblo. No era improbable una estratagema de ese tipo ya que tenían una inquina especial contra el P. Jozo por su actuación comprometida y antiatea en anteriores parroquias. Era como una mota en el ojo para los comunistas.

Tampoco la gente del pueblo asumió con buenos ojos lo que decían los niños. No obstante, la fama de los hechos se propaló de boca en boca y comenzaron a acudir muchos al monte de las apariciones. El 29 de junio, día de San Pedro y San Pablo, cuarto día de apariciones, eran ya muchos los miles de personas que accedieron. La Policía, evidentemente, comenzó a tomar cartas en el asunto. Es curioso cómo todo el mundo acudía al monte mientras la iglesia estaba completamente vacía. En el régimen comunista cualquier manifestación religiosa tenía que celebrarse dentro de los muros de las iglesias. La calle estaba prohibida.

Nosotros pensábamos que era una artimaña comunista y ellos creían que era una estratagema contrarrevolucionaria. El P. Jozo estaba sumido en confusión. Me llamó y acudí rápido a su llamada. Juntamos a los videntes y nos chocó que en la sala donde los reunimos, charlaban, jugaban y se reían totalmente ajenos a nuestros problemas. Los fuimos interrogando por separado. El P. Jozo lo grabó todo y es una pena que hayan desaparecido las declaraciones. Fue encarcelado y le requisaron todas sus pertenencias, de las que no se ha vuelto a saber más. Grabaciones, anotaciones, fotos, todo desapareció.

Sobre todo las anotaciones sobre los milagros. Los primeros días hubo muchas sanciones. Pues bien, después de interrogar a los niños les advertimos con fuerza que si estaban jugando o gastando una broma pesada debían saber que se trataba de una cosa muy seria porque exponía a nuestra religión y a nuestra patria croata a la burla. Los seis respondieron al unísono con fuerza: “Lo vemos y lo vemos”.

No tuvimos más remedio que aplicarnos la antigua sentencia: “Si proviene de Dios es inútil luchar contra ello; si se extingue es que no era de Dios”. Fuimos muy tajantes con ellos hasta el punto que nos han dicho después los videntes que fuimos más duros con ellos que la misma policía.

Los niños fueron llevados muchas veces a la comisaría; les llevaron a médicos y psiquiatras. Incluso un día los llevaron a la morgue para asustarlos. Les llevaban también a excursiones para distraerlos, sacarlos del ambiente y que se olvidaran de todo.

Un día les llevaban en un autobús. Cuando llegó el momento de la aparición le dijeron al chofer: “deténgase” y se bajaron del autobús, se arrodillaron y no volvieron hasta que desapareció la aparición.

Las autoridades, los medios de comunicación y el mundo oficial se burlaban de los sucesos. Los políticos de Belgrado aprovechaban para desprestigiar a Croacia y a la religión católica. Hicieron a la Virgen y a cada

uno de los niños objeto de sus burlas. A Jacob que tenía 10 años y era el más pequeño le pusieron un chupete en la boca. Todo el odio ancestral contra la fe católica y contra Croacia se removi6 con resentimiento. Ahora bien, nadie pudo con los niños. Estaban dispuestos a defender su verdad hasta la muerte.

A pesar de lo que dice ahora el obispo, vino un día por entonces a la confirmación y dijo con toda claridad en la homilía: “Los niños no mienten”. A poco llegó un autobús con agentes de la policía secreta y lo bloquearon todo prohibiendo el acceso al monte. Pusieron trece controles. Yo venía de Mostar, nos pidieron identificación y nos prohibieron ir a la colina. El diablo se metió a sí mismo un gol en propia puerta porque el policía prohibía a la gente ir a la colina y les mandaba a la iglesia. Nunca se rezó tanto en esta iglesia como aquellos días. Fue terrible. Cogieron preso al párroco, el P. Jozo y lo requisaron todo. Mujeres policías llegaron incluso a desnudar a las monjas. Quisieron incluso inspeccionar el Santísimo, pero el pueblo se opuso con fuerza: “Eso sí que no”. Todo el mundo lloraba en la iglesia y querían tener misa, pero el párroco estaba preso. Un capuchino que estaba de vacaciones en casa de su madre pudo escurrirse, entrar en la iglesia y decir la misa. En un momento, poco antes de la misa, cuando la gente lloraba nerviosa y excitadísima, el pequeño Jakov subió al altar, cogió el micrófono y dijo a la gente: “Que nadie tema ni tenga miedo”. Fray Starcho, el capuchino, tuvo que marcharse del pueblo esa misma noche. Todo fueron dificultades y sufrimientos. El padre de Vicka, con ocho hijos, fue amenazado de quedarse sin trabajo si su hija no decía que todo era una mentira. En otoño, Mirjana, que era de Sarajevo regresó a la escuela y sus compañeros ortodoxos y musulmanes se reían de ella. Lo mismo le pasó en Mostar a Marija.

Si esto es así ¿qué podemos decir? ¿Fue todo un espejismo? Si hubiera sido mentira ¿quién les daba la fuerza y la total unanimidad a los niños? Ante tanta presión y sufrimiento, ¿qué niño resiste días y meses y años si no tiene dentro algo superior a sí mismo? Fue un milagro soportar tantísima presión. Y después la imposibilidad de vida privada, la devoción de la gente. Fue otro milagro físico sobrevivir. Todo el mundo quería hablar con ellos, tocarlos, preguntarles algo. De 1984 a 1986 les hicieron toda clase de experimentos. Vinieron especialistas de Francia e Italia con toda clase de instrumentos. Incluso a Iván, en una aparición, le pusieron un aparato de muchos decibelios en el oído y fognazos de luz en los ojos y ni se inmutó. Su físico no reaccionó. La conclusión de los especialistas fue que los muchachos eran normales y que no había en ellos ni sugestión ni patología alguna.

Otra cosa simpática. En los primeros días la Virgen les dijo que era la madre de Dios, pero la abuela de Vicka no estaba convencida. Le dio a la nieta un cacharro con agua bendita, diciéndole: “Cuando veas la aparición,

échale agua bendita". Así lo hizo la niña. La Virgen sonrió. Ese mismo día les dio el primer mensaje. Era un mensaje para un pueblo que había sido sistemáticamente adoctrinado en el ateísmo: "He venido para deciros que Dios existe y que está en medio de vosotros".

Aquí durante decenios se prohibió toda enseñanza religiosa. Estaba prohibido celebrar la Navidad. Era día de trabajo. Había que escribir Dios con minúscula. Les enseñaban a los niños que nada es pecado. Tuvimos que cambiar el horario de la misa y comenzamos a hacerlo por la tarde, para que alguien pudiera asistir los días de fiesta, que fueron suprimidos oficialmente. Era una lucha contra la esperanza. Nadie esperaba tan rápidamente la destrucción del imperio de Satanás. No había la esperanza de que el comunismo cayera. Era como una roca inmovible. En occidente lo creían indestructible. Lo destruyó una revolución silenciosa y pacífica de pobres que siguieron creyendo pese a todas las evidencias en contra. Aquí llegaban jóvenes de Chequia, Eslovaquia, etc., venían hambrientos y sedientos de Dios. Cuando regresaban iban sin miedo. Llevaban a la Virgen dentro, que es madre de todos, incluso de los opresores. Los comunistas no tenían miedo a la fe; sólo tenían miedo a la palabra escrita. Ése fue el gran error que les destruyó.

Hace una semana 670 sacerdotes de cincuenta países y de diez idiomas distintos se reunieron aquí para hacer ejercicios. Me sentí muy feliz al ver tantos sacerdotes jóvenes de países comunistas. Para mí es un signo claro de que la Iglesia es indestructible.

Tenemos que orar para que España no caiga ahora en manos de ese materialismo y de ese espíritu ciego que tanto daño ha hecho".

Este mismo día a las tres de la tarde teníamos cita con Iván, otro de los videntes, al que ayer por la tarde se le apareció la Virgen. La verdad es que hemos tenido suerte esta semana. No es fácil escuchar a dos videntes en la misma semana. La sala amarilla a rebosar con más de mil personas rezando el rosario. Era el turno de los italianos. Más tarde se desaloja la sala y entran grupos de otras lenguas. La conferencia tiene que ser repetida y traducida al menos dos veces. No basta con escucharla. La presencia directa del vidente es imprescindible.

Sin embargo, hoy no llegó Iván. Alguien subió al estrado y avisó simplemente que fuera por el tráfico o por lo que fuera, Iván no podía venir. Fue maravilloso. La gran multitud gozosa, aun en su decepción, se fue escabullendo sin la más mínima protesta. Muchos de nosotros aprovechamos para coger un taxi, venir a casa y dormir una siesta reparadora.

A las seis de la tarde ya estaba yo sentado en un lateral de la iglesia dispuesto a escuchar confesiones. No vino mucha gente porque sólo puse el letrero en español. Pero se estaba bien a la sombra escuchando por los altavoces el rosario previo a la Misa. A las siete menos veinte todo el mundo se arrodilla porque es el momento clásico de las apariciones. Suenan las campanas con el Avemaría de Lourdes.

Durante la eucaristía y el rosario posterior me volvió al espíritu la gran impresión de la charla de ayer de Marija. No era un sentimiento; era un toque de espíritu. Me gustaba, pero me hacía daño y por eso lo huía un poco. No obstante se me hacía claro la enorme bendición que hay aquí.

Día quinto, miércoles 11 de julio

Como todas las mañanas me levanto a las seis para que, antes del desayuno, me diera tiempo para meditar, escribir y darme una hora de paseo para quemar la glucosa de mi prediabetes. Caminando por la carretera me encontraba con chicos solitarios de la comunidad del Cenáculo. Son jóvenes resucitados de la droga. Ya dije cómo, al principio, pensaba que estas obras de “beneficencia” no tenían por qué estar en Medjugorje, aprovechándose de la piedad de la gente. Ya he cambiado de opinión.

Ese ejército de pobres, con el rosario en la mano, son la mejor prueba de la verdad de estas apariciones. Sus caras de espectros nos saludaban con dulzura al cruzarnos, mientras sus ojos, salidos de la tumba, me agradecían la respuesta a sus “buenos días”. No, no sobra aquí esta gente. Yo quiero pertenecer a ese ejército de pobres que rodea a la Virgen. Ningún argumento teológico podrá contra ellos y su urgentísima necesidad de salvación. ¿Es una idiotez el rosario cuando los está salvando? El peligro de alguien como yo, burgués y sin problemas, es que no necesitar ser salvado. El obispo no está de acuerdo, dice que no hay apariciones, que son una estafa. Pues bien, yo digo que si estas apariciones no son verdad, la Virgen tendría que inventarlas. ¿Cómo es posible que no sean verdad cuando están salvando a tantos pobres? ¿Desde dónde leemos la historia?

Yo quiero pertenecer a este ejército de pobres que no se piensan a sí mismos, no se autodefinen, que no requieren identidad porque en el cero de su vida la han perdido toda. Gracias al don de Medjugorje, un retoño de la esperanza perdida alienta aún en sus ojos brotando de sus labios en forma de oración. Yo me pregunto: ¿cómo es posible que unas apariciones “falsas” reúnan cada día a tantos miles de jóvenes cuando curas reales y verdaderos, como el obispo y yo, no somos

capaces de reunir a nadie? Estas apariciones si no son verdaderas son necesarias; si son una superchería y una estafa, están bendecidas; si no existen hay que inventarlas.

Por la mañana nos fuimos a un pueblo a una hora de autobús de aquí, llamado Thigelina, o algo semejante. Allí estuvo el P. Jozo cuando, después de los eventos de Medjugorje, le llevaron a la cárcel. Al dejarlo libre le retiraron de Medjugorje y le pusieron en este apartado pueblito donde no era fácil que diera guerra. En esta iglesia hay una imagen de un escultor italiano a la que llaman “la Virgen bonita”. De ella se valió el P. Jozo para reiniciar su apostolado mariano, consiguiendo, en efecto, que grandes peregrinaciones, después de estar en Medjugorje, pasaran por allí.

Hoy día se considera un lugar de gracia del que el pueblo sigue disfrutando. Después de decir misa pensábamos visitar alguna cosa más de ese pueblo pero allí nos enteramos de que la presentación de Iván, el vidente, frustrada ayer, iba a ser hoy. En italiano sería a las 14:30. Con esta alegría volvimos a desandar el camino, comimos y, rápidamente, para coger buen sitio bajamos en otro autobús o taxis, que no recuerdo, a la iglesia. Algunas de nuestras chicas se quedaron sin comer para reservarnos un buen lugar.

En efecto, yo pude estar en primera fila, grabarlo todo, coger apuntes y disfrutar del momento. La sala abarrotada de gente; muchos jóvenes y adolescentes. Parecía que toda Italia estaba allí. Iván hablaría en croato y le traducirían al italiano. En una segunda tanda hablaría en croato y le traducirían al inglés.

Llegó Iván, acompañado del traductor y se puso en la mesa, de pie, de cara a todos nosotros. Mucha dulzura pero sin una sola sonrisa ni un solo gesto personal. Comenzó en directo, después de rezar un padrenuestro y un avemaría. Hizo un breve saludo y pidió excusas por lo de ayer, sin gastar un segundo más de lo necesario:

“Estoy seguro que ustedes pensarán que si no vine es porque no pude venir”.

Y siguió:

“Compartir lo que en 26 años nos ha dicho la Madre no es nada fácil, es un tiempo muy largo. Podríamos hablar de muchas cosas pero voy a limitarme a lo esencial.”

Hace 26 años la Madre quiso llamar a la puerta de mi corazón para introducirme en la escuela de la oración y del amor. Me gustaría ser un buen estudiante en esa escuela. Este hecho fue para mí un don muy grande y a la vez una gran responsabilidad. Yo sé que Dios me ha dado mucho y que me pedirá cuenta de ello.

No es fácil estar con la Virgen todos los días, vivir de su luz y volver después a la vida ordinaria. Os aseguro que con que vierais a la Virgen un solo segundo, el después de vuestra vida sería completamente otro. ¿A qué nos invita? Hay mensajes muy importantes que nos invitan a la paz, conversión, amor, perdón, esperanza, ayuno, oración. La Virgen nos ha enseñado a practicar cada uno de estos contenidos.

Ya el tercer día de las apariciones se presentó como Reina de la paz: “Vengo porque me manda mi Hijo a daros la paz, la paz, la paz... Estáis en peligro de autodestruiros”. La paz es pues el primero de sus mensajes. ¡Cuánta falta de paz en nosotros, en los jóvenes, en nuestras familias, en la Iglesia! Viene porque nos quiere ayudar, darnos coraje y consolar. Queridos hermanos: la humanidad está pasando una grave crisis: la falta de fe. Queremos vivir sin Dios. Ha desaparecido la oración en las familias, y el amor y la fidelidad. Por el contrario, reina una gran inmoralidad. La Madre viene a llenar este vacío.

La Madre nos dice: “Queridos, si no hay paz en el corazón y en las familias, no lo puede haber en el mundo. El mundo está enfermo. Necesitamos iniciarnos en la oración ya que ésta es imprescindible para que haya familia. No puede haber curación física si no la hay espiritual. La Madre cura nuestros dolores con mucha ternura, amor y calor materno. La Madre viene porque se preocupa por nuestra salvación. Nos habla con mucha sencillez y nos dice: “Tengo necesidad de vosotros. Con vosotros puedo realizar la paz”.

¿Qué Madre hay tan afortunada que sólo tenga que corregir y llamar la atención una vez a sus hijos? Todas las madres deben repetir continuamente sus avisos. Eso es lo que ha hecho con nosotros la Madre durante estos años. No ha venido para meternos miedo, sino como Madre de la esperanza, buscándonos como a hijos. Por eso nos anima a la oración en familia y a ser fuertes porque así lo será también la Iglesia. Esto es importante. No hay una Iglesia viva si no hay familias vivas. La falta de vocaciones tiene su origen en la falta de oración en familia.

Nos invita a la santa Misa como el misterio más hondo y verdadero. Nos dijo una vez: “Si un día veis que se opone el venir a una aparición con el ir a misa, id primero a misa”. Nos invita a la adoración, al rosario, a leer las

Escrituras. Leed la Sagrada Biblia. Que sea vuestro alimento espiritual. La humanidad sólo tiene futuro en Dios. Estamos en la tierra haciendo una peregrinación, un viaje. Nos invita a hacer grupos de oración, nos lleva a todos en el corazón. Si supierais lo que os ama, lloraríais todos de alegría.

A lo que más nos invita es a la oración. No a una oración simplemente mecánica o vocal sino con el corazón. Que cada oración sea un encuentro con Jesucristo. Que sea un encuentro vivo con Jesús. Para que nos llenemos de alegría y paz. Deberíamos orar cada día al menos tres horas, incluyendo la misa, el rosario y otros ejercicios como la ayuda al prójimo.

Un ejemplo: En una ocasión una peregrina austriaca me preguntó si era verdad que la Virgen quería que oráramos tres horas al día. A ella le parecía imposible. Yo le dije que sí, que la Madre quería eso. Al cabo de unos años volvió la peregrina y me dijo que era imposible orar tres horas. Hago muchísimo esfuerzo y no llego a las tres horas. Entonces le contesté en bromas que ahora ya no había que orar tres sino veinticuatro horas cada día. La mujer se desalentó. Le expliqué: "Se trata de orar desde el corazón y eso nos supera a nosotros. Orar desde el corazón está más allá del tiempo y de toda ocupación. El poder orar así te tiene que ser dado. Orar mucho depende de nosotros, orar mejor es un don de Dios, pero es un don que viene de orar mucho".

La Madre no nos manda nada imposible. A veces decimos: no nos podemos reunir en casa porque tenemos muchas cosas que hacer. No tenemos tiempo. En realidad no es una cuestión de tiempo sino de don y de amor. El que ama busca tiempo y siempre lo encuentra. Durante estos 26 años me he querido reafirmar siempre en la oración. En la próxima aparición os recomendaré a todos vosotros.

No hay palabras para describir la belleza de la Madre. No se puede describir. Un día el pequeño vidente Yakov le preguntó: "Madre ¿por qué eres tan bella?" "Porque amo -le respondió la Virgen- amad todos vosotros y os volveréis muy bellos".

Que esta venida a Medjugorje sea el principio de una gran renovación en vuestra vida espiritual. Debemos tomar partido por Dios sin fisuras. Lo conseguiremos mediante la paz y la oración, no olvidemos que el orar mejor es un don, viene de Dios, pero el deseo de orar depende mucho de nosotros, de nuestra forma de vivir".

Al término de esta charlita sólo nos venía una palabra al alma: inimaginable. Lo mismo que cuando nos habló Marija. Doy gracias a Dios porque por primera vez en la vida he visto y oído hablar a dos santos. No hay que fijarse demasiado en lo que dijeron, ni juzgarlo con esquemas racionales. Es otra cosa, es la forma de decirlo, la forma de hablar desde el corazón. Marija e Iván son muy distintos de carácter. Marija muy sonriente y apacible. Iván más serio. Ambos, sin embargo, no hacen una sola concesión a la galería. No sale de ellos un solo gesto de complacencia o de autoafirmación. Son canales limpios por los que fluye el Señor. Te miran, pero su mirada pasa por encima de ti. Hablan desde dentro, como fuera del espacio; conectan contigo en el espíritu. Notas que te aman al hablar pero no se fijan en ti, van directos a tu espíritu. Es como si estuvieran fuera de las cosas.

Yo no he visto a nadie, en mi vida, hablar así. El más parecido fue Julio Figar, un joven sacerdote, dominico y carismático que murió en un accidente a los 27 años. Los últimos cinco o seis días de su vida, en plena salud y juventud, me decía moviendo los brazos: “Chus, créeme que esto no existe, que no existe”. Yo le respondía: ¿Pero qué es esto? Pues todo, me replicaba. Los edificios, las cosas, la carretera, todo. No existen, son como un sueño. Sólo existe lo de dentro. Por eso Julio, incluso físicamente, los últimos días vivía con la mirada perdida, con los ojos vueltos hacia dentro.

Después de hablar Iván no quise saber más. Faltaba aún un par de horas para las confesiones y la misa. Me fui directo a un taxi para volver a casa. Se me juntaron tres personas y volvimos juntos. Entré en la habitación y me acosté un poco, pero sobre todo pensaba, pensaba muchísimo, o a lo mejor no pensaba, sino que oraba desde el corazón.

Orar desde el corazón es una de las categorías espirituales necesarias para comprender el tema de Medjugorje. Indica el nivel del don. Orar como muchas personas oran aquí no es una cuestión de devoción ni de esfuerzo o virtud. No se trata de eso. Es una gracia de la Virgen. Así dicen y así es en verdad, pues para entenderlo mejor y encajarlo en una buena teología hay que decir que se trata de uno de los dones del Espíritu Santo, en especial el de piedad.

En el nivel del don no oras sino que la oración se hace dentro de ti. Da igual que sea el rosario o una oración en lenguas. Tú prestas tu mente, tu corazón y tus labios. Al fin y al cabo, la expresión externa es puramente humana pero el motor interior es la acción del Espíritu. A este nivel la oración se hace sabrosa, sin esfuerzo, sin actos previos de la voluntad. Oras porque tienes ganas espirituales, porque te sale de dentro, porque necesitas desahogarte, porque no puedes aguantar la presión interior del Espíritu. En este caso lo que llamamos racional o normal se

traslada de sitio, cambian sus coordenadas, por lo que puedes orar mucho tiempo o poco tiempo. No es una cuestión cuantitativa, sino cualitativa.

A Medjugorje se puede venir ocho días y no enterarte de nada como, tal vez, les sucede a algunas personas. Sin este nivel del don, sin orar desde el corazón, no entiendes nada. Desde los criterios racionales normales, sobre todo en gente autosuficiente y poco pobre, te encuentras aquí perdido. Incluso te da rabia, juzgas, te vas con una mala experiencia. Yo lo sé bien, porque los primeros días, hasta que habló Marija, yo estaba fuera del don, en mis criterios. Si sólo hubiera estado aquí el fin de semana me hubiera marchado sin entender nada. Por eso, Medjugorje sólo se entiende a nivel místico. La mística comienza cuando en un alma predomina la acción del Espíritu más que el propio esfuerzo y decisión. Entonces las virtudes se superan y comienza la gratuidad, que tiene también sus resultados, que no se llaman virtudes sino dones y frutos.

Por eso es muy importante entender bien el lenguaje de Medjugorje. Cuando se habla allí de oración, de penitencia, de ayuno, de sacrificio, no se está hablando de algo que nos va a hacer santos. Ni siquiera de algo que nos va a merecer la gracia. No, no es un tema moralista. Es algo superior. Es el don del Espíritu que nos regala esa oración, ayuno y sacrificio para cumplimentar una fidelidad total y que nuestra carnalidad no se oponga a la gracia y presencia sobrenatural, manifestada aquí en la Madre María.

¿Por qué se expresa aquí la Virgen con este lenguaje que puede resultar peligroso, ya que es también el lenguaje de los integristas, fariseos, radicales y voluntaristas? Creo que es una misericordia de su parte. Cuando subíamos en el taxi, el chofer, muy orgulloso, nos puso unas canciones populares de esta tierra. No llevamos ni ocho días y ya nos estamos identificando con esta tierra, con sus expresiones y con su alma. Si no fuera por la lengua nos entraría hasta adentro. Todo es muy concreto en la vida; la realidad no tiene nada de abstracto. La Virgen conocía hasta el fondo la realidad concreta de esta tierra.

Ella, como Reina de la paz, se apareció aquí porque este pueblo ha sufrido por su fe como pocos pueblos lo han hecho. Croacia ha sido, durante siglos, un pueblo dominado. Por lo tanto, muy encerrado en sí mismo, endogámico. La expresión externa de la fe católica no es algo baladí para ellos, es parte de su identidad política y racial. Son católicos de raza. Sé que algún purista podrá decir que eso está mal; pero los puristas andan por las nubes.

La Virgen no pudo predicar aquí una gratuidad abstracta sino encarnada en determinadas prácticas que dieran viabilidad a su forma de ser católicos. La oración, el ayuno, determinados sacrificios, no son algo accidental sino prácticas en las que cristaliza una elección divina, como se muestra en las apariciones. En España tal vez podamos vivir un cristianismo en el que la disciplina espiritual no

sea tan visible, porque también entre nosotros ha habido abusos en ese sentido. Por ello ahora no está de moda ni el practicarla ni el predicarla. Ahora bien, pecaremos de ingenuos si pensamos que se puede ser cristiano en serio sin esas prácticas. Lo que pasa es que al entenderlas, como en la Renovación carismática, como parte del don, pierden su lado amargo y culpabilizante. El Espíritu se encargará si quiere llevarnos a gran altura de realizarlas en nosotros. En Croacia, sin embargo, estas prácticas no son sólo parte de un don sino signo de una identidad racial, religiosa y cultural.

Yo, después de estar en Medjugorje no me siento llamado a hacer un ayuno especial ni a subir descalzo colinas santas, ni a colocar el rosario y estampas de María en todos mis lugares, pero otras personas sí que necesitan eso. Decir que eso sólo es superstición y frivolidad, después de estar en Medjugorje, no será yo el que lo diga. A los soberbios y sabiondos nos es muy necesario comprender el alma de los más pobres, los cuales pueden estar dotados de un don de Dios que ni atisbamos precisamente por falta de esa pobreza. ¡Cuántas veces me he acordado aquí de mi madre y de sus rezos continuos del rosario...! ¿Llegué yo de verdad a conocer su espíritu? ¡Cómo hubiera disfrutado si hubiera venido a Medjugorje...!

Yo, que vengo de los carismáticos con una experiencia del Espíritu a nivel de don, con el poder y la fuerza que se da en esa corriente de gracia, puedo decir que Medjugorje, en lo esencial, no le ha añadido nada. Ahora bien, me la ha ensanchado y reforzado muchísimo. También me la ha acercado al pueblo, a los sencillos, a los que no pueden asistir a nada, a gente aún más pobre de la que acuden a los carismáticos, y eso que en los carismáticos se encuentra gente muy pobre. A ciertos niveles de pobreza el Espíritu Santo nos da permiso para que al hablar de Jesús pongamos y pronunciamos el nombre de su madre María. Ella es mujer, es madre, es profundamente humana. Los que no han tenido una madre en este mundo, los que no han tenido hogar, los desarraigados, necesitan una imagen muy sensible, una madre ante la que poder llorar, una estatua para poder comérsela con el corazón y con los ojos.

Algo de esto es lo que he podido captar en Medjugorje. No es un atraso, no es oscurantismo. Montones de gente que nunca han caminado, ¿cómo se van a atrasar? Para los que nunca han tenido luz, ¿cómo va a ser oscura la nueva experiencia? Los que nunca han visto nada, ¿por qué van a ser oscurantistas y atrasados? ¡Qué grande es el corazón de María, cómo entiende a los pobres, qué amplio es su cariño maternal! ¡Qué estrechos, sin embargo, somos muchas veces nosotros! Los pobres siempre son los que dan realismo a la realidad, los que miden el nivel de burguesía y fariseísmo que hay en nuestras prácticas y en nuestros pensamientos y teologías. El nivel de cero de la vida, la pobreza de los más pobres, es lo que da el toque de verdad a nuestros comportamientos. ¡Qué lejos estaba yo de amar los ojos de ultratumba de un drogata como los he amado aquí! Eso lo

puedo hacer porque la Virgen mediadora de toda gracia ha tenido misericordia también conmigo.

Día sexto, jueves 12 de julio

Hoy un grupo de unos quince de nosotros nos levantamos pronto y poco después de las ocho salíamos para Mostar. Se trataba de hacer una visita a la capital de provincia y sede episcopal a la que pertenece la parroquia de Medjugorje. Menos de una hora en microbús nos costó llegar allí.

El chofer nos paró junto a la iglesia de los franciscanos, la cual, por tener una torre muy alta y visible desde toda la ciudad, era un lugar apto para reunirnos todos para volver a las 12:30 a Medjugorje. Tuvimos suerte porque nos encontramos un guía que se ofreció a enseñarnos las instalaciones franciscanas. Más tarde le pedimos que nos sirviera de guía para el resto de la ciudad, cosa que aceptó por cincuenta euros.

Nos habló un rato de la historia de la ciudad, en la que aún están muy visibles las marcas de las contiendas recientes. Todavía hay muchos edificios destruidos por las bombas y otros agujereados por la metralla. La ciudad está atravesada por el río Neretva, que la divide en dos barrios, el cristiano y el musulmán. El cristiano tiene un 53% de la población y el musulmán el 47%. El barrio viejo y turístico es el musulmán. En el siglo XV los turcos otomanos invadieron esta tierra desde Estambul. Permanecieron cuatro siglos.

En esos cuatro siglos lograron forjar una cultura y una religión con cristianos croatas que, para no perder sus tierras y posesiones, se hicieron musulmanes. Un paseo por el barrio viejo es un paseo por una ciudad mora, donde apenas se ven mujeres, con sus tiendas y bazares, sus zocos, sus bares y terrazas al aire libre llenos de hombres ociosos, que curiosean a las transeúntes. Llama la atención cómo se pueda mantener en plena Europa un enclave musulmán tan típico.

Mostar ha sufrido dos guerras seguidas. La primera fue una guerra de liberación o independencia que toda Bosnia libró contra el predominio serbio. Los serbios bombardearon varias veces la ciudad y la redujeron a escombros. Cuando al fin se alcanzó la independencia, en Mostar se enfrentaron musulmanes y cristianos. Fue una lucha civil, fratricida y sangrienta. Por eso la ONU envió a Mostar cascos azules españoles y marroquíes. Los españoles protegieron el barrio cristiano y los marroquíes el musulmán. Nosotros recorrimos la parte vieja, que es la turística, y nos hicimos cargo de lo que pudieron ser dichas contiendas con la destrucción de edificios, puentes y comunicaciones entre un barrio y otro.

Las mujeres, como siempre, muy atentas a sus compras. A las 12, no obstante, ya estábamos todos reunidos tomando algo y cambiando impresiones. A

las 12.30, según lo convenido, cada uno ocupaba su asiento en el micro dispuestos todos para la vuelta. Por influencia del guía el microbús nos dio un paseo por el barrio cristiano, más moderno y amplio, pasando por la que hoy se llama Plaza de España, donde hay un pequeño monumento en honor de los más de veinte soldados españoles que dieron su vida por defender la paz entre estas gentes. Acto seguido volvimos para Medjugorje llegando a casa justo a las 13:30, hora fijada para la comida.

Después de comer nos tomamos un descanso y muchos dormimos una reparadora siesta de la que andábamos muy necesitados. A las seis de la tarde, no obstante, ya estaba yo colocado a la sombra en un lateral de la iglesia escuchando confesiones, con otros muchos sacerdotes que hacían lo mismo. Todos los días, a la misma hora, cumplíamos con ese deber mientras por los altavoces escuchábamos el rezo del rosario amenizado por bellas músicas entre misterio y misterio. A las siete menos veinte todo el mundo se arrodilla, incluso confesores y penitentes, porque es la hora de la aparición de la Virgen. Durante un minuto, más o menos, la gente ora en silencio con gran respeto mientras el carillón entona el Ave María de Lourdes.

Hoy por la tarde, después de la misa, hubo adoración al Santísimo. No a las diez de la noche, como se hace los miércoles y los sábados, sino al finalizar la misa, o sea, a las ocho. Tengo que reconocer que hoy, tanto en la misa como en la adoración, estuve muy distraído. No sé por qué, me fijaba mucho en la gente, en el pueblo.

Hace quince días estuve en Lourdes, con nuestra parroquia de San Martín de Porres de Móstoles. Fuimos unas 105 personas. El Señor me ungió tres cosas en esa visita a Lourdes. En primer lugar a la vidente Bernardette Subirous. Volví como enamorado de ella. Una charla que di sobre ella poco después la titulé: “Víctima de un carisma”. Bernardette fue una persona a la que se le arrebató su vida privada hasta el heroísmo. No le fue permitido recrearse ni en un solo sentimiento humano. La gracia la condujo hasta la entrega total, haciéndola víctima de su elección.

Otra persona que me fue revelada en este viaje a Lourdes fue el sacerdote, el abate Payramale. Al principio, como es lógico, dudó de lo que decía Bernardette. Cuando la Virgen le dijo a la niña que era la Inmaculada Concepción, dogma que había sido definido por Pío IX cuatro años antes, en 1854, el corazón del sacerdote se ablandó y aceptó el testimonio de la niña. El regalo de un corazón de fe, sencillo como el del sacerdote, contrastaba con la dureza impenitente del alcalde, del prefecto y del comisario de policía que, basados en sus dogmas laicistas y

racionalistas, no podían, en nombre de la ciencia y de la razón, admitir tales supersticiones y supercherías.

La tercera cosa que se me ungió en Lourdes fue la gente, el pueblo. Ese fin de semana del 23-24 junio había cerca de 20.000 personas en Lourdes. Me encantaba la fe de un pueblo donde no se veía una corbata, donde era superado el ridículo de creer y de orar, donde los rostros expresaban una alegría interior no fácil de encontrar en otros lugares. En Lourdes no entendí por qué me atraía tanto ese pueblo, pero lo he entendido aquí en Medjugorje.

Esta tarde en Medjugorje seguía mirando al pueblo y me sentía atraído por él. Ese pueblo guardaba para mí un misterio que yo no sabía descifrar. De repente me di cuenta de que era un pueblo con afecto, que se sentía amado, un pueblo con corazón. Ese pueblo era objeto de un amor, de una gracia, de una llamada, de un cariño muy bello y poderoso que, inconscientemente, sin formulación, pero de una manera real, sentía en su corazón. En esta tarde de distracciones pensé en lo que la Virgen, la Madre, significa para el pueblo católico. Hay en ella algo maternal que alegra el corazón de sus hijos.

Al llegar a Medjugorje yo venía con muchas dudas. Gracias a la efusión que recibí en la charla de Marija, estoy descubriendo muchas cosas. La interioridad de esa mujer, creada por la Virgen, me denunció mi exterioridad, me hizo ver que siempre había utilizado ideas para comunicarme, para predicar; yo era un ideólogo. No había hablado desde el corazón o, al menos, desde el nivel de corazón que aquí he podido vislumbrar. No había amado suficientemente al pueblo. Mi maestro de novicios nos decía, ya hace muchos años, que la mejor manera que tiene un dominico para amar es predicar o escribir. Yo, en aquel entonces, no entendía bien esas palabras. Ahora lo entiendo mejor y, en Medjugorje, mejor todavía. Predicar desde dentro, desde el corazón para que el pueblo se sienta amado, es un don con el que tiene mucho que ver María, por su corazón de madre. Yo no sé cómo predicaré de ahora en adelante, si lo haré mejor o peor; lo único que sé es que predicaré con más corazón, porque eso es un don, y yo lo he recibido con María.

He descubierto a María a través de los ojos de los drogatas y del desamparo y pobreza de Marija e Iván. Es decir, desde lo pobre y necesitado de cariño. ¿Qué he entendido yo hasta ahora por pobre cuando en su horizonte nunca había visto a María? ¡Cuánta ideología había en mí! El don de Medjugorje para mí ha sido descubrir a la Madre, de una manera especial a la Madre de la gracia. Llevo muchos años pidiéndole al Señor que me revelara a María. No como un simple objeto de devoción sino desde el don, de espíritu a espíritu. Precisamente para evitar en mí una vivencia demasiado ideológica y dogmática de la religión. No lo he conseguido hasta ahora. A ese nivel, primero se me reveló el Espíritu Santo que, sin duda, es padre y madre. Incluso *Ruah* -espíritu en hebreo- es femenino. Después el propio Espíritu Santo me reveló a Jesús, al hombre Jesús, único

mediador entre Dios y los hombres. He llegado a querer a Jesús, al hombre Jesús, de una forma sponsalicia o, casi mejor, profundamente amistosa. Según le he ido entendiendo me iba enamorando cada vez más.

Pese a tener con ello muy cubierto mi afecto religioso no dejaba de pedir que se me revelara también, en idéntica profundidad, la Virgen María. Juan Pablo II, con esa devoción tan cálida que le tenía la Virgen, me servía de acicate. Y tantas y tantas personas. Y la experiencia de la Iglesia entera a lo largo de los siglos. Creo que en Medjugorje se me ha concedido esta revelación. Con el kerigma fuertemente arraigado en mi corazón puedo comprender y vivenciar a María en la plenitud de su misión de gracia.

Estos días he pensado mucho en los teólogos y predicadores, hijos todos ellos, por haber nacido en estos tiempos, de un racionalismo idealista, inoculado en el inconsciente por el despotismo ilustrado y la prepotencia de lo racional. ¡Qué necesidad tienen de corazón! Yo, al menos, que soy del gremio, tenía mucha. La sanación del inconsciente sólo viene por el don. La dureza de corazón es un pecado que puede afectar a toda una época de siglos y, como el original, es un pecado de transmisión inconsciente. Ahora bien, eso sólo lo podemos ver cuando el don te ha elevado a otro nivel y cobras nuevas perspectivas. Mientras no se reciba ese don se pontifica de una manera irredenta desde la razón. Ahí, claro está, no cabe una aparición de la Virgen.

En este rato de distracción pensé también con cariño en los protestantes, que tanto se han opuesto a las apariciones de la Virgen en general. El protestante es un pueblo, hasta donde yo puedo conocer, con poco afecto espiritual en el corazón. ¿Por qué razón? Porque no tienen madre. Tampoco tienen eucaristía ni confesión ni, por lo tanto, sacerdotes. Es un pueblo sin desahogo. Se aferra a Jesucristo y a la Palabra y, gracias a ello, el Espíritu Santo los bendice, pero no pueden evitar que su religión sea rígida y formalista y, lo que es peor, bastante ideológica. Si Dios utiliza a María para librarnos del inconsciente racionalista, ¿qué pueden hacer ellos que tienen tan lejos a María?

Hace mucho leí en una revista una entrevista que le hicieron al teólogo jesuita Karl Rahner. Entre otros temas le preguntaron:

- *¿Por qué la teología actual habla tan poco de María?*
- Rahner respondió: *Porque la teología actual es muy ideológica y las ideologías no necesitan madre.*

La respuesta se me quedó grabada. Ahora entiendo que cualquier teología que no necesite a la madre es muy ideológica. Ideología, en este sentido, significa utilizar conceptos e ideas sin una experiencia de vida que lo sustente. Sin madre, la teología queda abstracta, porque se le ha sustraído el corazón. Esa teología puede

hablar mucho de los pobres, pero no los quiere; más bien los utiliza. Para amar a los pobres de la Comunidad del Cenáculo se necesita que tu corazón tenga mucho de maternal, es decir, que les ame como las madres, sin reproches, sin juzgarles, simplemente por ser hijos. Aunque hayan caído en lo más profundo de la degradación. Para que a mí se me revelara María al nivel del don necesité ver, al pasear por la mañana, la inmensa pobreza que percibí en los ojos de varios chicos del Cenáculo destruidos, y sentirla con compasión. Su mirada al saludarme y su rosario en la mano me traspasaron el corazón y me desvistieron de todo aquello en lo que yo había basado mi predicación y mi discurso teológico. A María sólo se la entiende en el amor y la comprensión de lo que haya de más pobre entre lo pobre.

A las nueve de la noche, al término de la adoración, cogimos varios taxis y nos fuimos a nuestra residencia de San Giuseppe. Nos esperaba la cena fría de todos los días, es decir: un caldito de algo, queso y jamón a las finas lonchas, la ensalada con enormes hojas de lechuga sin cortar, y el tomate aparte, sin una brizna de cebolla, mi favorita, una especie de requesón a lo Marisa, y algo de fruta. Lo de menos era la comida. Lo importante es que, a un grupo de 23 personas, donde la mayoría ya había recibido la efusión del Espíritu Santo, es decir, ya habían entrado en el nivel del don, la gracia especial de Medjugorje les iba entrando a uno detrás de otro. Con lo cual, las cenas y comidas se transformaban en un guirigay de alborozo y alegría indescriptible. Todo el mundo hablaba, todo el mundo reía, todo el mundo se sentía feliz de estar en Medjugorje. Esta noche, Leo, el guía, cenó con nosotros, y lo escuchábamos más atentos que si hablara el oráculo de Delfos.

Yo, esta noche, soñé con María, la Virgen. En sueños veía clarísimo cómo la Iglesia ha nacido del Espíritu Santo y de María. Entre los dos dieron a luz al cuerpo de Cristo, que se compone de la cabeza, que es Cristo, y de nosotros, que somos sus miembros. Veía cómo María es la madre de la Iglesia y de cada uno de nosotros.

Alguien en el sueño me decía: “Ten cuidado, que estás haciendo de María una diosa”. Mi corazón, en cambio, le gritaba a mi cerebro: “No tengas miedo, no hagas caso, María no es una diosa, es una mujer, es madre de sí misma, ha sido redimida, no es nuestra salvadora. Es simplemente lo que es, la Madre de todos, porque al Espíritu Santo le ha agradado hacerla así”.

No, María no es nuestra salvadora, es una criatura bellísima pero no tiene luz propia. Es como la luna, redimida e iluminada. Siempre está dentro del misterio pascual de Cristo y a su servicio. Son los ojos de Cristo los que nos ven cuando ella nos mira llena de misericordia. Ella, pues, no es fuente; es alberca, llena, eso sí, de agua y de transparencia. Su gracia y su poder son totales por efecto de su maternidad asombrosa. Es tan bella que, como dice algún santo Padre, ni Dios pudo hacerla más hermosa.

El único salvador es su Hijo, que nos redimió en su cuerpo de carne. Nos redimió en la cruz, dejando que allí fuera clavado su cuerpo de carne. Murió por nosotros como hombre, pero nos justificó en su resurrección, porque esa carne resucitada tenía personalidad divina. Jesús nos redimió del pecado porque su carne humana, en la que se realizó la redención, estaba poseída hipostáticamente por la divinidad. El sufrimiento es un acto de la naturaleza; la redención, en cambio, es un acto de la persona. María es una criatura excelsa pero su carne no es divina. No es una carne redentora sino redimida. A este enorme misterio también María, la dulce Madre, la dulce hermana de todos nosotros, se sometió, porque ella no era divina, sólo era humana, humanísima, tan humana que iba al pecado como cualquiera, pero por un especial privilegio fue concebida inmune de toda mancha y de todo pecado.

Día séptimo, viernes 13 de julio

Hoy nos levantamos antes que otros días. Era viernes, día de viacrucis y de adoración de la cruz. El viacrucis lo haríamos por la mañana, subiendo al *Krizevac*. Este monte, de unos 500 metros de altura, domina toda la llanura y la vega en medio de la cual está enclavado Medjugorje. Cuando concelebrábamos en la misa, los sacerdotes lo teníamos del todo enfrente, mientras que los peregrinos lo tenían a la espalda.

Teniendo en cuenta que estamos cerca del mar, 500 metros ya es una altura considerable. Lo peor, sin embargo, es el camino hacia la cumbre, hecho de puro guijarro, como la subida al Pobrd o colina de las apariciones, guijarro en parte desprendido, donde es imposible encajar el pie. Hay que ir saltando de piedra en piedra, haciendo de la ascensión un auténtico “viacrucis”. Cada 100 metros, más o menos, nos parábamos a rezar la correspondiente estación del viacrucis. La cumbre está coronada por una gran cruz, visible desde todo el pueblo y alrededores.

Era un día luminoso, espléndido de luz y de sol. Nuestro grupo hacía su propio viacrucis, leyendo y orando nuestras propias oraciones, pero continuamente nos cruzábamos con otros peregrinos, que ya bajaban o que lo hacían más aprisa que nosotros. Tres o cuatro personas de los nuestros, las de mayor edad, nos acompañaron hasta la falda del monte, pero no subieron. Gracias a Dios, a pesar de ser un suelo tan rocoso, todo el monte es una roca, hay vegetación y los arbustos nos mitigaron mucho los rigores del sol.

Interiormente íbamos muy animados. Tengo entendido que mucho antes de las apariciones ya se hacía este viacrucis y fue puesta la cruz que corona la cima. Lo mismo que en otros pueblos se va a visitar a la Virgen de la ermita, en

Medjugorje se hacía el viacrucis y en él, sobre todo en la cima, se contaban y desahogaban las penas y tragedias del vecindario. Muchísimas personas han subido a este monte a lo largo de los años, descalzos, para mayor penitencia, y aún pudimos ver nosotros a gente que así lo hacía.

Para calibrar el esfuerzo que requiere esta subida baste decir que entre la subida haciendo el viacrucis y la bajada se emplean algo más de tres horas. Si he de ser sincero hice el viacrucis muy a gusto pero no ungido con el don y la unción que había notado en otros lugares de Medjugorje. Lo hice como una práctica, un ritual, algo que hay que hacer cuando se viene a Medjugorje para siete días. Simplemente sentí solidaridad en los sufrimientos, porque estos pueblos han sufrido mucho a lo largo de la historia.

A la bajada, sudorosos y deshidratados, nos paramos a tomar un refresco en uno de los bares que están estratégicamente colocados para tal efecto. Estos “compartires”, con la excusa de la cerveza, eran muy sabrosos, ya que intercambiábamos toda clase de impresiones y, como el ambiente estaba caldeado también por dentro, alcanzaban las conversaciones el nivel de grandes testimonios. Así lo hicimos, hasta que la hora de la comida nos obligó a retomar el camino hacia nuestra residencia.

Hoy por la tarde, en los cultos, lo especial era la adoración de la cruz, que se hizo durante una hora después de la misa. Me decepcionó bastante. Yo esperaba algo semejante a las adoraciones de la cruz de Taizé, donde los jóvenes toman contacto físico con la cruz y la besan y la abrazan y descargan sobre ella, con la frente pegada al madero, todas sus preocupaciones. Claro que en Taizé dura toda la noche. Aquí me pareció una cosa lejana y fría, bastante ritual, parecida a las adoraciones pero carente de una presencia viva como existe en la santa hostia. Ni siquiera fue dada para que el pueblo la besara.

Una de las cosas que más rechazo produce en algunas personas en lo referente a las apariciones de Medjugorje, como también de Lourdes o Fátima, es el secretismo y el aspecto sacrificial que parecen contener los mensajes de la Virgen. A veces parecen apocalípticos y amenazantes y, en la mayoría de los casos, culpabilizantes. Yo confieso que no soy un especialista en este tipo de mensajes; ni los de Lourdes y, sobre todo, los de Fátima y Medjugorje, me han llamado la atención nunca. Me han parecido, tal como se leen en periódicos y revistas, de un moralismo rancio, de lo más trasnochado e integrista. Lo que es peor, es que estos mensajes no suenan ni tienen nada que ver con la Palabra de Dios ni con su estilo. La palabra de Dios es muy amenazante, a veces, pero desde la compunción y el Espíritu. Aquí existe un buen caldo de cultivo para profetas de desventuras y de religiosidad resentida. Los que se atrevan a leer e interpretar estos

mensajes fuera del don los están politizando y convirtiéndolos en algo tendencioso y partidista. Yo ni en Marija ni en Iván ni en otros autorizados intérpretes con los que he hablado he visto nada semejante.

La teología más sencilla nos dice que María no tiene palabra propia. Si no la tuvo Jesús, sino que siempre hablaba la palabra que le daba su Padre, ¿cómo la va a tener propia María? Por eso cuando habla María no son palabras nacidas de su propio carácter o buenas intenciones sino las del Espíritu de su Hijo, el mismo que inspiró los evangelios y toda la Biblia. ¿Cómo se va a contradecir? Si habla el Espíritu Santo, dichas palabras no están a merced del capricho o entendederas de ningún particular, ni siquiera de los videntes, sino que el discernimiento le pertenece a la Iglesia, confrontándolas con la Biblia y la Tradición.

Lo mejor, pues, es no hacer aprecio de los pretendidos mensajes y, en caso de que los creamos auténticos, interpretarlos siempre como palabra de gracia, de perdón y de misericordia, ya que éste es el lenguaje de Jesús: *La gente se admiraba de las palabras de gracia que salían de su boca* (Lc. 4, 22). Las apariciones de la Virgen son bellísimos carismas con los que el Señor se hace presente en nuestros tiempos de increencia y ateísmo. Un carisma siempre es dado para construir la Iglesia, no para destruirla. Se trata de una manifestación del Espíritu para fomentar la fe de la comunidad. En estos casos utiliza a la Madre, cosa que no ha hecho en otras épocas de la historia. Por algo será. No podemos rechazar estos carismas; sería una forma de anular una presencia amorosa de Dios en nuestras vidas.

La Virgen no viene a juzgar al mundo. Si así fuere, iría contra su Hijo, que dijo muy claramente que *Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo sino para que el mundo se salve por él* (Jn 3, 16). La venida de María es un detalle de Dios. El Espíritu de Dios que nos llega por medio del hombre Jesús resucitado, el Salvador, es el que tiene estos detalles amorosos con su Iglesia de hoy. Evidentemente, la venida de María tiene que ver con nuestro pecado y nuestro extravío. No somos peores que los de otras épocas, no merecemos amenazas más contundentes, pero sí somos hijos de una época y participamos más de lo que creemos del pecado y de las taras de esta época. El ateísmo actual, nuestro materialismo y consumismo, el fariseísmo y dureza de corazón actual ahogado por un racionalismo exacerbado merecen una llamada de atención de parte de Dios. El Espíritu Santo nos manda, pues, carismas o remedios adecuados para afianzar y acrecentar nuestra fe. Para mí esta venida a Medjugorje ha significado en este sentido y en otros muchos una bendición. Me da alegría pensar que Dios nos ama enviándonos a su madre. Tal vez en este momento la Iglesia no necesita tanto la teología como la vuelta a la vivencia y experiencia amorosa de la revelación.

Lo que más choca a un español que viene de ciertos ambientes es el tema de la práctica de una disciplina espiritual. La Virgen llama en Medjugorje a la conversión, al ayuno, a la oración, al rezo del rosario, y a otras cosas semejantes.

También esto sin embargo hay que mirarlo desde el don porque, de lo contrario, lo frivlizamos y lo convertimos en práctica farisaica. El fariseo cree que el pecado es un bien, como le sucedió al hermano mayor de la parábola. Le habría gustado hacer lo mismo que el pequeño, pero su religión y sus normas no se lo permitían. De ahí que en su resentimiento ni entienda la fiesta ni la falta de un castigo ejemplar para su hermano.

Mucha gente siempre ve la disciplina espiritual desde el resentimiento. No ven su lado positivo ni su contribución a la alegría y al gozo de la plenitud. No entienden el abrazo del Padre al hermano pecador. No entienden el corazón maternal de María y ponen en su boca amenazas escalofrantes. Interpretan la historia y el futuro como un ajuste de cuentas de Dios con el hombre perverso. La Virgen como Reina de la paz viene a avisarnos para que no nos destruyamos nosotros, no viene a decir que Dios nos va a destruir. No viene a decir que aplaquemos la justicia de Dios con sádicos holocaustos. Me agradó mucho oír en Medjugorje que cuando la Virgen habla de conversión se refiere a los cristianos que van a misa y no han descubierto todavía el don y el amor de Dios, viviendo todavía en su juicio y culpabilidad. Es decir, la Virgen y Jesucristo necesitan cristianos que se enteren de que son amados gratuitamente, para hacer con ellos un mundo nuevo. Necesitan gente que valore el misterio pascual y lo celebre con júbilo, un misterio en el que Jesús carga con nuestras culpas en su cruz y no nos las echa en cara. ¿Cómo es posible que Cristo venga a echarnos en cara y a culpabilizarnos con la cruz que él cargó por nosotros?

Me duele que haya gente poco preparada que utilice a la Virgen, es decir, a la Madre para amenazar. Proyectan sobre ella lo que harían ellos si tuvieran poder. No saben que el morir en una cruz por los demás es una exhibición de poder. Ven la conversión como una castración de todas las tendencias, el ayuno como un autocastigo corporal, la oración como un escaquearse, el rosario como una práctica masoquista. El que ha entrado en el don de Medjugorje ha elevado todas estas cosas del plano moralista y fariseo al del amor. Para él la conversión es la oportunidad de acercarse al amor, el ayuno es liberación del consumismo, la oración es un trato de intimidad, el rosario es una oración en lenguas o gemido inefable del que nos habla San Pablo. Estoy seguro que mi madre rezaba sus muchos rosarios desde el corazón, como una forma inefable de expresar su fe.

A pesar del amor de Dios, manifestado en las apariciones mediante la presencia de María, nuestro mundo debe asumir una seria autocrítica. Me refiero sobre todo a los cristianos. Pertenece a un mundo fariseo que piensa que el pecado es un bien y que el que nos avise de lo contrario es un aguafiestas. Nuestra época ha racionalizado su fariseísmo y lo llama cultura y otras zarandajas pero, en el fondo, se trata de la vieja rebeldía de no aceptar los límites y comerse la manzana. El Espíritu Santo tiene como cometido, como acto supremo de amor, argüirnos de pecado, para que éste no nos destruya. Ahora ha escogido a María

para que con su corazón maternal nos ayude a entender nuestros falsos planteamientos. Mi corazón agradecido por tanto amor sólo tiene una respuesta: *Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra porque has escondido estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños* (Lc. 10 23).

Día octavo, sábado 14 de julio

Anoche en la cena despedimos a nuestro guía Leo. Su don y su experiencia interior nos han ayudado mucho a penetrar en el secreto de Medjugorje. Su espiritualidad, configurada por estos acontecimientos, le hace testigo en primera línea de lo que aquí ha sucedido. Todos quedamos muy agradecidos y dichosos de haberlo tenido con nosotros. En esta cena, como en otras anteriores, cantábamos disfrutando desde el corazón de canciones como *Gospa, Maika; Kumbaya; Sdravo* y otras. Esta noche, si cabe, con especial nostalgia y saudade. Muchas cosas de aquí se nos habían colado de rondón en el alma. No éramos los mismos que vinimos.

Nos levantamos muy temprano. El plan era salir pronto y poder visitar durante la mañana la parte vieja de Dubrovnik, antigua ciudad croata y puerto de mar. No fue todo tan rápido como deseábamos debido a los controles y otros imponderables, pero hacia las once ya estábamos paseando por sus viejas calles. Nos hizo de guía una chica llamada Danielja, prima de Marija. Era una chica joven, alta y bien parecida, también muy configurada por la espiritualidad de Medjugorje. Intentó contarnos cosas de su experiencia personal y de los efectos de las guerras pasadas pero se le entrecortaba la voz. Su padre había muerto en la guerra, lo cual significó para ella un trauma difícil de superar. Este año termina periodismo y no sabe muy bien qué hacer.

Recorrimos las calles de la vieja ciudad. La ciudad nueva está muy extendida y crece junto al mar agazapada entre cabos, golfos, rías y ensenadas. Desde el avión es un espectáculo muy bello contemplar la actual ubicación de Dubrovnik. A mí me interesaba de una manera especial visitar el viejo convento de los dominicos, donde en la alta Edad Media el P. Santiago de Vorágine escribió el primer tratado sistemático de Teología de la Iglesia. Hasta entonces se habían escrito muchas cosas sobre la Iglesia pero sueltas, sin sistematizar al estilo moderno.

A primeras horas de la tarde despegamos en Iberia, rumbo a Barcelona y después de un par de horas de espera en el Prat salimos para Madrid. Pese a

finalizar el viaje, la aventura de Medjugorje no se pasa tan fácilmente. Veníamos suficientemente tocados y caldeados como para no olvidar. Lo mismo que la Virgen después del anuncio del ángel se fue a ver a su prima, lo mismo que en la Renovación después de la Efusión del Espíritu está uno deseando reunirse para desahogar experiencias, lo mismo sucede con el don de Medjugorje. Una vez recibido necesitas compartirlo, recrearlo, cantar las canciones. Ahí queda. Nos repitieron varias veces que no le contáramos nada a nadie de dicha experiencia a no ser que nos preguntaran. La mayoría de la gente no lo cumple, pero queda frustrada. El don es el don y Dios se lo da cuando quiere y a quien quiere. El que quiera conocer más a Jesucristo y encontrarse en vivo con María es bueno que vaya a Medjugorje. Después entenderá todo lo que le contamos.

¿Cómo se resolverá el contencioso entre Medjugorje y el obispo de Mostar? No lo sabemos. La realidad de las experiencias y conversiones es innegable, como dice el Cardenal de Viena, el dominico Christoph Schönborn. Este prelado, amigo personal de Benedicto XVI y papable en la última elección, tiene testimonios de mucha cordura evangélica a este respecto. Yo me uno a sus palabras en las que dice claramente que los obispos y pastores están para promover, no para ahogar, lo que puede proceder de Dios. Veladamente hace, sin duda, una reconvencción al obispo de Mostar por su incontinente impulsividad. No hay que olvidar que hasta hace no mucho toda Yugoslavia era parte del imperio austriaco. He aquí uno de sus testimonios:

La postura oficial de la jerarquía en años recientes es dejar conscientemente el asunto de Medjugorje sin decidir. El carácter sobrenatural no ha sido establecido; esas fueron las palabras usadas por la antigua Conferencia Episcopal Yugoslava en Zadar, en 1991.

Se trata en realidad de una cuestión de redacción, que conscientemente deja el asunto abierto. No se dice que el carácter sobrenatural haya sido establecido substancialmente, pero tampoco ha sido negado o descartado que el fenómeno pueda ser de origen sobrenatural. La costumbre del Magisterio de la Iglesia es no hacer declaraciones definitivas mientras fenómenos extraordinarios continúen en forma de apariciones o de otros medios. En efecto, es la misión de los pastores promover lo que está creciendo, alentar los frutos que están surgiendo y, de ser necesario, protegerlos de los peligros que obviamente hay en todas partes.

También en Lourdes es necesario vigilar para que el don original no sea desvirtuado por eventos desafortunados. Medjugorje tampoco es invulnerable. Por eso es y seguirá siendo importante que los obispos sean conscientes de su misión como pastores de Medjugorje a fin de que los frutos obvios que hay en el lugar puedan ser protegidos de posibles errores.

Creo que las palabras de María en Caná: “Haced lo que él os diga” son la sustancia de lo que ella dice a lo largo de los siglos. María nos ayuda a escuchar a Jesús y ella desea con todo su corazón y con todas sus fuerzas

que nosotros hagamos lo que él dice. Esto es lo que yo deseo para todas las comunidades de oración que se han formado a partir de Medjugorje; esto es lo que deseo para nuestra diócesis y para la Iglesia.

... Personalmente, no he estado en Medjugorje, pero en cierto modo sí he estado allí muchas veces a través de las personas que he conocido y que conozco. Y en sus vidas veo buenos frutos. Mentiría si dijera que esos frutos no existen. Esos frutos son concretos y visibles y yo puedo ver en nuestra diócesis y en muchos otros lugares gracias de conversión, gracias de una vida sobrenatural de fe, gracias de gozo, de curaciones, de personas que regresan a los sacramentos. Todo esto no es equívoco. Por eso, en lo que a mí concierne, como obispo, sólo puedo ver los frutos. Si tuviéramos que juzgar al árbol por sus frutos, como Jesús, diría que “el árbol es fructífero”².

Esta mañana al abrir el breviario para rezar los Laudes me llevé una gran alegría: hoy 22 de agosto es la fiesta de María Virgen, Reina. En Medjugorje se presentó diciéndole a los niños: “Soy la Reina de la paz”. Por eso, he cambiado el himno oficial de Laudes y he cantado la bellísima canción medjugorjiana: *Gospa, Maika moya, kralyica mira...* Virgen, Madre mía, Reina de la paz...

Móstoles, 22 de agosto de 2007

2 El Cardenal Schönborn encabezó la comisión eclesial para redactar el Catecismo de la Iglesia Católica. Dio también los ejercicios cuaresmales al Santo Padre y a la curia romana en 1998. La Declaración citada la dio en Lourdes el 18 de junio de 1998. Sus palabras fueron publicadas en la Revista “Gebetsaktion-Medjugorje” n° 50 y en “Stella maris” n° 343, pp. 19-20.